

*Rafael*  
BELMONTE  
GARCÍA



Bella Belmonte Gómez

*Rafael*  
**BELMONTE**  
**GARCÍA** *Vida y obra*

*Un recorrido por la*  
*Sevilla del siglo XX*

 EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2023

Colección Cultura Viva  
Núm.: 45

Comité editorial de  
la Editorial Universidad de Sevilla:

Araceli López Serena  
(Directora)  
Elena Leal Abad  
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez  
Rafael Fernández Chacón  
María Gracia García Martín  
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado  
Manuel Padilla Cruz  
Marta Palenque  
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda  
Marina Ramos Serrano  
José-Leonardo Ruiz Sánchez  
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Rafael Belmonte García dando una conferencia

© Editorial Universidad de Sevilla 2023  
c/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla  
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443  
Correo electrónico: info-eus@us.es  
Web: <https://editorial.us.es>

© Bella Belmonte Gómez 2023

Impreso en papel ecológico  
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN 978-84-472-2450-0  
Depósito Legal: SE 1642-2023

Diseño de cubierta: Juan Gómez Montero  
Maquetación: Emiliano Molina. Cuadratín  
Impresión: Masquelibros

Honrar  
un legado  
es crearle  
un nuevo futuro

Rainier Hidalgo



A Rafael Belmonte García

*Tengo las manos vacías  
de tanto dar y no coger.  
Estas son las manos mías.*

(Copla por soleá)

A mi padre

*Todo pasa y todo queda,  
pero lo nuestro es pasar,  
pasar haciendo caminos,  
caminos sobre la mar*

(Antonio Machado)

A mi hija

*Somos la memoria que tenemos  
y la responsabilidad que  
asumimos.*

*Sin memoria no existimos;  
y sin responsabilidad, quizá  
no merezcamos existir*

(José Saramago)



# Índice

■ Prólogo .....	15
■ Introducción.....	19
■ Capítulo 1. Rafael.....	23
1.1. Contexto histórico.....	24
1.1.1. 1914-1936.....	24
1.1.2. 1937-1949.....	28
1.1.3. 1950-1970.....	29
1.1.4. 1971-1995.....	31
1.2. El hermano de «Belmonte» (1914-1940).....	32
1.2.1. Infancia.....	38
1.2.2. Etapa colegial.....	41
1.2.3. La Residencia de Estudiantes de Madrid.....	44
1.3. Esposo y padre (1941-1970).....	56
1.4. Madurez profesional y personal (1971-1995).....	70
1.5. Recuerdos de.....	74
■ Capítulo 2. La medicina .....	77
2.1. Contexto histórico.....	78
2.2. Un estudiante de medicina (1933-1948) .....	79
2.2.1. Cuento de María Infecciones.....	83
2.2.2. <i>Hispalis Médica</i> .....	84
2.3. Primeras consultas, cátedra de Farmacología y Cruz Roja (1949-1969).....	86
2.3.1. Jornadas y cursos.....	95
2.4. Calle Julio César (1970-1984).....	99
2.5. Recuerdos de.....	107
■ Capítulo 3. Los toros.....	113
3.1. Contexto histórico.....	114
3.2. Juan Belmonte y hermanos .....	116

3.3. Rafael Belmonte novillero (1930-1949) .....	123
3.4. Un gran aficionado (1950-1979).....	131
3.4.1. Médico de los empleados de la Maestranza .....	140
3.4.2. El Recuerdo de un mito .....	142
3.5. Experto taurino (1980-1995).....	152
3.5.1. Tertulia taurina Rafael Belmonte García .....	156
3.6. Recuerdos de.....	160
<b>■ Capítulo 4. La radio.</b> .....	163
4.1. Contexto histórico.....	164
4.2. Radio Nacional de Sevilla (1950-1960).....	166
4.2.1. <i>Piruetas y El Carpanta y su Costilla... o las cosas de Sevilla</i> .....	169
4.2.2. <i>Cantares de Andalucía</i> .....	173
4.3. Radio Sevilla (1965-1980) .....	175
4.4. Recuerdos de.....	183
<b>■ Capítulo 5. El flamenco</b> .....	187
5.1. Contexto histórico.....	188
5.2. Rafael y el flamenco: pasión, inspiración y propósito .....	191
5.2.1. Las primeras investigaciones.....	195
5.3. Los artistas .....	198
5.4. Actos, charlas y conferencias .....	202
5.4.1. Las peñas flamencas .....	224
5.5. Festivales, concursos y certámenes.....	227
5.6. Flamenco en la radio .....	238
5.6.1. Etapa de Radio Nacional .....	238
5.6.2. La <i>Tertulia flamenca</i> de Radio Sevilla .....	243
5.6.2.1. Iniciativas promovidas por la <i>Tertulia flamenca</i> de Radio Sevilla.....	252
5.6.3. La misa flamenca.....	266
5.7. Flamenco y universidad .....	277
5.8. Recuerdos de.....	285
<b>■ Capítulo 6. La Semana Santa</b> .....	293
6.1. Contexto histórico.....	294
6.2. Versos cofrades .....	296
6.3. Su hermandad: El Cachorro.....	301
6.4. El pregón de la Semana Santa de Baena (1969).....	317

6.5. El pregón de la Semana Santa de Sevilla (1977) . . . . .	322
6.6. Recuerdos de.....	340
<b>■ Capítulo 7. Sevilla</b> . . . . .	343
7.1. Contexto histórico. . . . .	344
7.2. Rafael Belmonte García: un sevillano . . . . .	344
7.2.1. Ateneísta. . . . .	349
7.2.2. <i>Er 77</i> . . . . .	352
7.3. Famoso y cordial de Sevilla. . . . .	358
7.4. Triana . . . . .	364
7.4.1. La Velá de Santa Ana . . . . .	364
7.4.2. Trianero de Honor . . . . .	365
7.5. Una calle en Sevilla . . . . .	366
7.6. Recuerdos de.....	372
<b>■ Capítulo 8. El poeta</b> . . . . .	375
8.1. Contexto histórico. . . . .	376
8.2. El médico poeta . . . . .	377
8.2.1. Influencias artísticas de Rafael Belmonte García. . . . .	379
8.2.1.1. Panorama cultural sevillano . . . . .	379
8.2.1.2. Regionalismo y principales referentes en Sevilla.....	379
8.2.1.3. Teatro costumbrista andaluz . . . . .	382
8.2.1.4. Poetas andaluces. . . . .	383
8.2.1.5. Medicina, toros y flamenco. . . . .	387
8.3. De Triana a la gran pantalla . . . . .	388
8.4. Creaciones artísticas: obras y escritos . . . . .	392
8.4.1. Peña humorística <i>Er 77</i> . . . . .	393
8.4.2. Pregones . . . . .	397
8.4.3. Poemas y coplas. . . . .	407
SEVILLA Y ANDALUCÍA. . . . .	407
FLAMENCO . . . . .	413
TOROS . . . . .	422
SEMANA SANTA / FERVOR RELIGIOSO . . . . .	427
VARIOS . . . . .	431
<b>■ Agradecimientos</b> . . . . .	437

## Anexos

Anexo 1. Cuento de María Infecciones. ....	443
Anexo 2. Parte del guion de un sainete de Rafael Belmonte retransmitido por Radio Nacional en 1952 .....	455
Anexo 3. Parte de un guion original de Clarita y Eulogio ( <i>Carpanta y su costilla</i> ) retransmitido por Radio Nacional a principios de los años 50 .....	457
Anexo 4. Parte de un guion original de Clarita y Eulogio ( <i>Carpanta y su costilla</i> ) retransmitido por Radio Nacional a principios de los 50, con motivo de la Velá de Santa Ana de ese año ..	459
Anexo 5. Transcripción del guion original del programa «Cantares de Andalucía», emitido por Radio Nacional de España en Sevilla el jueves 15 de febrero de 1952 a las 22:30h. ....	461
Anexo 6. Transcripción del guion original del programa «Cantares de Andalucía», emitido por Radio Nacional de España en Sevilla el jueves 28 de febrero de 1952 a las 22:15h. ....	469
<b>■ Relación cronológica de obras y escritos analizados .....</b>	<b>477</b>
Sin fecha determinada: .....	478
<b>■ Relación cronológica de méritos acreditados de Rafael Belmonte García .</b>	<b>479</b>
<b>■ Índice onomástico. ....</b>	<b>485</b>
<b>■ Entrevistas y fuentes de información consultadas .....</b>	<b>491</b>
Entrevistados .....	491
Fuentes de información consultadas .....	492
<b>■ Bibliografía .....</b>	<b>497</b>
Fuentes académicas .....	497
Fuentes mediáticas. ....	500
Otros. ....	505

# Prólogo

Este libro no es una biografía de un personaje, sino la interpretación del espíritu humanista de un sevillano que amaba la vida desde la esencia del andaluz cabal. La autora de este volumen tenía once años cuando nos dejó el protagonista. Sin embargo, emprendió una tarea compleja y a veces abstracta a la hora de interpretar y contextualizar cada momento y etapa de su vida, teniendo en cuenta su escala de valor y todos los campos que abarca. Comprobamos en la obra que ha aglutinado diferentes fuentes documentales con el rigor y la habilidad necesaria que ha dado como resultado una narración fluida de la más que interesante vida escrita de don Rafael Belmonte, como todos le conocían.

Ahora que lo podemos ver impreso, entendemos el indudable interés de este trabajo, que radica, además de en su admirable contribución documental, en el valor que aporta la autora con la investigación y la organización del mismo. A partir de esta edición, la historia de Sevilla cuenta con la biografía de una persona notable, pudiéndose comprobar el importantísimo papel que ha tenido en la cultura andaluza este personaje poliédrico, experto en las principales tradiciones andaluzas, entre otras facetas.

Su verdadera profesión fue la medicina, como especialista en análisis clínicos. Habría que añadir, como señala la autora, que también ejercía de forma paralela como especialista en analizar el alma. Para llegar al ejercicio de su especialidad, tuvo que pasar por diferentes vicisitudes. Hermano menor de la insigne figura del toreo Juan Belmonte, su infancia y su vida estarían marcadas por su apellido. El torero era ya figura cuando nació Rafael y se desvivía por

llegar a Triana y jugar con el «Negrillo Pelota», como le llamaba al pequeño, para verlo torear en el salón de la casa.

Juan se convirtió en una ayuda fundamental para toda la familia. La afición a los toros era palpable en todos sus miembros y, pese a la insistencia de Juan Belmonte para que su hermano pequeño tuviera una carrera, Rafael fue novillero desde los quince años. Pero, tras un percance toreando, se convenció de que su destino estaba en los estudios. Tras los primeros años en los Salesianos de Utrera, donde ya entonces componía poemas, y su paso por la Residencia de Estudiantes de Madrid, finalmente se matricula en Medicina en Sevilla. Pero la Guerra Civil truncaría el discurrir de su formación y tuvo que ejercer la vida militar, período en el que conoció a su mujer en Baena.

Como médico analista ejercía su profesión con humanismo y humor, dos de los principales rasgos de su personalidad, cobrando solamente a quien podía pagarle. La primera consulta estaba junto a Radio Nacional de España en Sevilla, que se inaugura en 1951. Y comienza a colaborar con la emisora redactando guiones para los sainetes de humor y el programa de flamenco «Cantares de Andalucía». Esto le permite alcanzar una gran repercusión con sus textos, sus poemas y la descripción de los cantes, con la colaboración del cantaor Luis Caballero. Aunque sus guiones los leían locutores profesionales de la radio, poco a poco Rafael y Luis toman el micrófono para explicar cada cante y cada tema que abordan. Posiblemente, sea una de las primeras ocasiones en las que suene el habla andaluza en la radio, ya que por entonces en las emisiones sonaba un perfecto castellano. Rafael le dio esa naturalidad de la comunicación andaluza.

A mediados de los sesenta se fue a Radio Sevilla de la mano de Manuel Alonso Vicedo y Manuel Barrios, los principales innovadores de la radio de ese tiempo. Rafael Belmonte llega a la SER para liderar con Antonio Mairena y los contertulios Luis Caballero, Naranjito de Triana, el propio Barrios, Manuel Palomino Vacas, José Núñez de Castro, Matilde Coral y Rafael *el Negro*, entre otros, la *Tertulia flamenca* de Radio Sevilla, posiblemente el programa de flamenco más completo que ha habido en la historia de la radio. Un espacio con entidad propia, gracias al enfoque y el nivel de sus componentes. Ellos mismos decidieron hacerle el monumento a La Niña de los Peines en la Alameda de Hércules, pagándolo entre todos.

El médico alternó la bata blanca de la consulta del hospital o del laboratorio con los micrófonos de la radio, en un programa semanal emitido de cara a un público que asistió durante casi quince años al auditorio de la calle González Abreu, donde Belmonte con Mairena acaparaban el protagonismo. Llevaron el flamenco a la universidad y a los colegios mayores, promovieron la creación de numerosos festivales flamencos de verano y don Rafael pronunció innumerables

conferencias ilustradas por artistas y guitarristas, como José el Poeta. Promovieron el primer convenio colectivo para que los artistas flamencos accedieran a la Seguridad Social, crearon la Misa flamenca, premio Ondas, y proyectaron un canon estético cultural propuesto por Antonio Mairena, nombrando este a Rafael mantenedor del Festival de Cante jondo de Mairena del Alcor (y mientras vivió el maestro de los alcores, lo cumplió). Pero, especialmente, utilizaron la radio como medio de socialización, difusión y dignificación de la cultura flamenca con la seriedad y rigor que nunca antes tuvo esta manifestación artística.

Una de las definiciones más acertadas que su autora utiliza es «Rafael Belmonte, sevillano de libro», en el capítulo dedicado a la Semana Santa, teniendo en cuenta la especial relación de don Rafael con este mundo. Estuvo durante años como miembro del jurado de los más importantes concursos de saetas. Fue un prodigioso pregonero, destacando el pregón de la Semana Santa de Baena en 1969 y el memorable pregón de la Semana Santa de Sevilla en 1977. De la misma manera destaca como poeta, siendo autor de numerosas letras de saetas, como la que plasmó con gran magisterio Manuel Mairena:

Yo no sé si vas despierto, ay...  
no sé si vas dormío, Cachorro, Cachorro mío...  
Cuando pasas por el puente  
y te reflejas en el río.

En definitiva, estas páginas nos llevarán al viaje de la vida de un sevillano en su más amplia expresión, de los que se mojaba por todo y se entregaba con la misma dosis de pasión y de generosidad, destacando un sentido del humor y saber estar que convivían con el rigor de la ciencia y con la sensibilidad de unos versos que describían, de forma hermosa y sencilla, la complejidad del sentimiento de los andaluces. Defendió la humanización de la medicina que curaba las enfermedades del cuerpo y del alma con la misma pasión que hablaba del arte del toreo o contestaba a un oyente que llamaba por teléfono a la radio en directo para preguntar en qué se diferenciaba la soleá de Alcalá de la soleá de Utrera.

Finalmente, hay que destacar la valentía y el acierto de la autora por narrarnos, con el entusiasmo de los Belmonte, la vida de Rafael, para que no quede en el olvido el hermano pequeño del «Pasma de Triana», que dejó su sueño de ser torero, como su hermano Juan, para vivir apasionadamente junto a su familia en todos esos mundos que le definían como un personaje admirable y único.



# Introducción

Con motivo de una entrevista radiofónica para celebrar el 25º aniversario de la muerte de Juan Belmonte, su hermano, el doctor Rafael Belmonte García, agradeció la invitación al programa concluyendo: «hay un Belmonte, como muchos, que no olvida... y eso ya es suficiente». Mientras hay recuerdo, hay vida. Por ello, este libro pretende plasmar su propia biografía, para que nunca se olvide su papel como referente de toda una época.

Médico de profesión y promotor artístico y cultural de vocación, Rafael supuso una pieza clave como personaje relevante en la Sevilla del siglo XX. Su condición de hermano de una de las mayores figuras del toreo de todos los tiempos le hizo adentrarse de lleno en el mundo de la tauromaquia y su pasión por las artes le llevó a dejar un amplio legado en ámbitos tan diversos como la radio, el teatro y el flamenco, siendo, además, parte activa en la historia de la Semana Santa sevillana y andaluza.

A nivel profesional, dejó una profunda huella, convirtiéndose en uno de los protagonistas de una época en la que la medicina pasó a ser un derecho de todos, abanderando, sin pretenderlo, toda una filosofía médica: curar el alma con la misma dedicación con la que se pretende curar el cuerpo.

Toda su vida estuvo marcada por personas, lugares y acontecimientos que son parte de la historia de Sevilla y de España: antiguo alumno de la Residencia de Estudiantes de Madrid, germen de la generación del 27; estudiante y profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla; experto y asesor taurino; aficionado, defensor e impulsor del flamenco como arte y como ciencia; cofrade, comunicador, poeta... y, sobre todo, la esencia misma del sevillano, representando a una sociedad y una época que sentó las bases de las tradiciones más arraigadas de nuestra ciudad.

Más allá de la construcción veraz y documentada de su vida, además de constituir un manual para todo aquel que desee indagar en uno de los personajes más interesantes de Sevilla entre los años 50 y 80, esta biografía es un homenaje póstumo. A pesar de que su contribución a la cultura le fue ampliamente reconocida en vida, reconocimiento que culminó con la dedicatoria de una calle en Sevilla, su recuerdo corre el riesgo de extinguirse con los últimos representantes de una generación. Puedo dar fe, tras mi labor de investigación, de que muchos son los hechos y escasos los registros sobre su obra que se conservan en las instituciones responsables de la divulgación de un patrimonio que, sin lugar a dudas, él contribuyó notablemente a engrandecer.

Sin embargo, gracias a la hemeroteca, al estudio de su archivo personal y a los testimonios de quienes tuvieron la fortuna de conocerlo, su legado, lejos de olvidarse, cobra hoy más relevancia que nunca, suponiendo sus acciones el germen (en su momento tremendamente innovador) de muchas de las concepciones actuales, principalmente en materia de flamenco y comunicación.

Como profesional ligada a la interpretación y divulgación del patrimonio y ferviente defensora de nuestra historia y de la riqueza cultural que poseemos, considero un deber inmortalizar la figura de un hombre que representa por sí mismo un periodo histórico, una ciudad y una forma de vivir.

Esta biografía se concibe con un doble enfoque. Por un lado, se da a conocer la enorme contribución de Rafael Belmonte García a la vida social y cultural de Sevilla en el siglo XX. Su figura es fundamental para entender toda una época. Participó en numerosos acontecimientos relevantes de la historia de nuestra ciudad, enriqueciendo su entorno a todos los niveles y destacando en cada uno de los ámbitos a los que dedicó su vida: la medicina, los toros, la radio, el flamenco, la Semana Santa y la poesía.

Por otro lado, a través de estas páginas se pretende personificar en Rafael una tipología autóctona: la del sevillano cabal, miembro de las tertulias y asociaciones más conocidas de la ciudad; amante de las tradiciones, abanderado de la amistad y la caballerosidad, de la solidaridad sin vanagloria, del gozo de disfrutar de lo nuestro y pregonarlo a los cuatro vientos. Una tipología que, con el devenir de los tiempos, tiende a la extinción y que no hace tanto suponía alcanzar el ideal para la inmensa mayoría de los sevillanos.

Hablar de Rafael Belmonte García es hablar de muchas cosas a la vez. No se entiende una faceta sin las demás. Por ello, cada uno de los capítulos pretende ser una pieza de la figura completa. Además de conocerle a nivel personal y adentrarnos en su vida y en su manera de entenderla, esta biografía

recopila y deja constancia de sus principales méritos y aportaciones en los ámbitos profesional y artístico, de manera que sirva como documento de referencia oficial, tanto para fuentes de divulgación como para todo aquel interesado en conocer su obra.

Como complemento a los poemas, pregones y versos transcritos a lo largo del libro, se han digitalizado algunas de las autograbaciones que Rafael Belmonte realizó a mediados de los 80 y que se encontraban en su archivo personal, dándonos la oportunidad de poder escuchar su voz original a través de códigos QR. Se puede acceder a la relación completa de las grabaciones publicadas en el siguiente enlace:

<https://n9.cl/rafaelbelmonte>







## Capítulo 1

# Rafael

Antes de adentrarnos en cada uno de los ámbitos en los que Rafael Belmonte García destacó como profesional y como ser humano, es necesario desgranar su propia historia personal. Como siempre ocurre, las vivencias de la infancia, con la familia, con los amigos, en el amor... condicionan todos los aspectos del devenir de las personas.

Rafael siempre destacó por ser un buen amigo para todos. Su condición fraternal y generosa le vino dada, casi por cuestión genética, desde la cuna. Y el hecho de crecer en el seno de una familia como la suya, principalmente bajo el amparo (y el ejemplo) de su hermano Juan, le dotó desde bien niño de una perspectiva de la vida y de las relaciones sociales muy particular. También su barrio y su ciudad marcan una impronta especial en su carácter, convirtiéndose él mismo en un representante de la «forma de ser» trianera y sevillana. Y, por supuesto, el amor de su mujer, de sus hijos y de su entorno más cercano constituye el pilar a partir del cual él construye su propia vida. El apoyo incondicional de los suyos y la seguridad que esto otorga son también claves para que desarrolle una carrera profesional y artística tan prolífica.

A lo largo de cada uno de los capítulos conoceremos las distintas facetas de Rafael, casi siempre solapadas en el tiempo. Pero el nexo común entre todas ellas son sus vivencias personales. Su bondad, su ingenio, su dedicación a todo aquello que le apasionaba y, sobre todo, su amor inmenso a nuestra cultura, tienen una misma raíz: quién y cómo fue el niño y el hombre.

## 1.1. Contexto histórico

Rafael Belmonte García no es un mero espectador de su realidad, sino que vive intensamente todos los acontecimientos históricos que le rodean y participa de manera activa en muchos de ellos. Conocer el contexto histórico en el que se desarrolla cada etapa de su vida es fundamental para comprender su obra.

En este capítulo se exponen, de manera general, los principales hechos y circunstancias que caracterizaron a España y Sevilla en el siglo pasado, pero en cada uno de los siguientes se hará mención específica al contexto histórico relacionado con el ámbito en cuestión (medicina, toros, radio...). En este sentido, hay que destacar que, además de toda la bibliografía consultada, ha sido especialmente relevante desde el punto de vista documental el magnífico trabajo de investigación sobre la historia de Sevilla recogido en los libros de Braojos (1990)<sup>1</sup> y la colección sobre la historia de Sevilla del periodista y escritor Nicolás Salas, especialmente los publicados entre 1995 y 1999.

La vida de Rafael abarca casi la totalidad del siglo XX, por lo que el contexto histórico en el que se desenvuelve es bastante amplio. La Sevilla que él conoce y en la que él interactúa podemos diferenciarla en cuatro etapas: regeneración (1914-1936), guerra y posguerra (1937-1949), inicio de la modernidad (1950-1970) y consolidación de la democracia (1971-1980).

### 1.1.1. 1914-1936

Rafael nace apenas dos meses antes de que se inicie la I Guerra Mundial. A pesar de que España se mantuvo neutral en este conflicto, la situación nacional era ya de por sí precaria, motivo que justificó esa neutralidad. Con una economía muy mermada y con el golpe moral, aún latente, de la pérdida de las últimas colonias (Cuba, Puerto Rico y Filipinas), el país carecía de fuerza política y militar. Reinaba Alfonso XIII y el presidente del gobierno español era por aquel entonces Eduardo Dato, liberal-conservador, manteniéndose una alternancia bipartidista con los liberal-demócratas. Pero la inestabilidad institucional derivó en los años siguientes en una sucesión de gobiernos que apenas llegaban al año. Además, el país tenía un frente abierto en Marruecos (la guerra del Rif) tras el reparto, junto con Francia, de los territorios marroquíes en 1912.

---

1. El ejemplar consultado, perteneciente al archivo personal de Rafael Belmonte García, está dedicado a este por el propio autor.

Aunque la neutralidad, a priori, provocó un despegue económico de España al convertirse en proveedor de los diferentes países de la contienda, los cuantiosos beneficios empresariales no afectaron a todos por igual. Se produjo una subida de precios, también para el propio territorio, de los productos básicos como el pan, la leche y los huevos, que acusó sobre todo a la población más desfavorecida, situación que se agravó aún más con la epidemia de «gripe española» de 1918. Además, España se convirtió en centro de espionaje internacional para las principales potencias.

En las primeras décadas del siglo XX la ciudad de Sevilla experimenta un gran crecimiento demográfico y es testigo de la migración de numerosas familias desde el entorno rural más próximo en busca de empleo y hogar, comenzando así nuevas perspectivas de desarrollo para la localidad centradas en el comercio y pequeñas industrias. La economía sevillana de aquel entonces se basaba en grandes empresas como la fábrica de tabacos, la Cartuja (cerámica), la fábrica de cerillas y la fábrica de cerveza de la Cruz del Campo, aunque también eran actividades principales la pirotecnia militar, la fábrica de artillería, las fundiciones, la elaboración de materiales para la construcción y las empresas corcheras. Miles de personas llegaban desde otros municipios en busca del trabajo que abundaba en las florecientes fábricas de la capital y en las empresas sevillanas. Pero las condiciones de vida para la gran mayoría de la población eran muy precarias debido a la humedad por los desbordamientos del Guadalquivir, la falta de higiene, la inexistencia de saneamiento urbano y las pésimas condiciones sanitarias, que hacían que la esperanza de vida no superara los 40 años.

Además, el aumento de la población generó muchos conflictos sociales debido a la falta de vivienda y al desarraigo. Rafael, gracias a su hermano, vive una infancia acomodada, pero hay numerosos problemas de salud e higiene entre los habitantes de la ciudad, especialmente en Triana, que albergaba a principios del siglo XX el núcleo de población más importante de Sevilla fuera del casco histórico. La mayoría de las familias vivía hacinada en casas compartidas, corrales de vecinos o chabolas, donde las condiciones higiénicas eran escasas. Había mucha miseria y las enfermedades causaban estragos. Solo los más fuertes (y los que tenían más suerte) salían adelante. Todas estas circunstancias sumadas a las continuas riadas que sufría Sevilla con las crecidas del Guadalquivir (desde finales del siglo XIX hasta 1940 se contabilizaron hasta 37 inundaciones en la ciudad) aumentaban aún más la insalubridad, principalmente en Triana.

También la sociedad sevillana de los años en los que Rafael Belmonte vive su infancia y juventud dista mucho de lo que será en su madurez. Se evidencia

la tendencia a la burguesía de los señoritos, que se vuelven empresarios, y la prepotencia de la clase burguesa, que quiere aparentar mayor rango, generando caciquismo.

La vida social y cultural del país en la segunda década del siglo XX se desarrollaba en los cafés, en las plazas de toros y en los teatros. *La Malquerida* de Jacinto Benavente se había estrenado en el Teatro de la Princesa de Madrid, con la gran María Guerrero como protagonista; y *La Malvaloca* de los Hermanos Quintero se volvía a representar dos años después del primer estreno, esta vez con Rosario Pino en el papel de Rosita. El cine aún no era sonoro. Es en 1914 cuando se estrena *El romance de Charlot* (Mack Sennett), con Charles Chaplin como protagonista, y *El virginiano* (Cecil C. de Mille). En España se adaptan a la gran pantalla la novela de Blasco Ibáñez *La Tierra de los Naranjos* de Alberto Marro o *La Malquerida* y *Rosalinda* de Ricardo Baños, fundadores ambos de la productora Hispano Films.

Sin embargo, la cultura y el disfrute estaban reservados solo a las clases pudientes, ya que el 50 % de los españoles era analfabeto y la mayoría de la población, que apenas ganaba lo suficiente para alimentar a los suyos, tenía otras preocupaciones.

Rafael nace el mismo año que se inaugura en Sevilla el Kursaal Central Café, una sala de espectáculos en la calle O'Donnell al estilo de las que había en París. En aquel entonces el café Novedades, en la plaza de la Campana, vivía sus años de esplendor en la ciudad como el mejor lugar donde poder emparearse de flamenco, con su tablado y sus carteles taurinos. Destacó también La Bombilla, donde actuaban Chacón y la Niña de los Peines.

Lo habitual era encontrarse a la flor y nata de la ciudad en la tertulia de los cafés y los casinos, también en los círculos sociales, como el Real Círculo de Labradores o el Círculo Mercantil, estos últimos reservados solo a socios, que solían ser destacados personajes de la sociedad sevillana y que acudían allí para hacer sus tratos económicos, pactos políticos o simplemente para charlar. La gente corriente se conformaba con socializar en las tiendas mixtas de comestibles y bebidas o degustando de vez en cuando el pescado de las freidurías o cervecerías. Solo en ocasiones especiales los sevillanos de a pie salían a comer a las ventas cercanas (Éritaña, Antequera, Guadaíra...), ya que los restaurantes, denominados «restaurant», en francés, eran un lujo al alcance de muy pocos.

La información se divulga a través de los cientos de publicaciones periódicas destinadas no solo a la mera información, sino al entretenimiento. Las páginas de *ABC*, *El Correo de Andalucía* y el *Noticiero Sevillano* eran las más leídas en la ciudad por aquel entonces.

En cuanto a la vida cotidiana, todo gira en torno a las fiestas locales, ligadas en su mayoría a una profunda tradición religiosa: la Semana Santa, las cruces de mayo, las «velás» de los barrios... Y, por supuesto, la ciudad vive con intensidad su Feria de abril, celebrada por entonces en el prado de San Sebastián. En 1919, Gustavo Bacarisas ideó el diseño de los farolillos para las calles y el de las pañoletas de las casetas, estableciendo los cánones que han llegado hasta nuestros días.

Los toros, con las figuras de Joselito y Belmonte, y el fútbol constituían la principal fuente de divertimento de la población sevillana y española de la época. Es en este momento cuando nace la rivalidad Sevilla-Betis, al contar ya la ciudad con dos equipos de balompié.

El modo de vida sevillano en las primeras décadas del siglo XX está profundamente marcado por el regionalismo y tradicionalismo, siendo referentes de estos movimientos, en sus respectivos ámbitos, Aníbal González y Blas Infante. Es el Ateneo de Sevilla la entidad que lidera este «Ideal Andaluz», trasladando este espíritu regionalista al urbanismo, la cultura y las artes. Rafael Belmonte García bebe de estas tendencias en sus años de juventud y comulga con sus ideas en pro de la exaltación del patrimonio y la idiosincrasia regional. También esta pasión por la tradición sevillana se nutre del cambio sociológico experimentado a partir de la Exposición Iberoamericana de 1929.

El proyecto para la gran exposición dará lugar a la «nueva Sevilla». El joven Rafael tiene 15 años cuando se celebra uno de los mayores acontecimientos de la historia de la ciudad; y no es difícil imaginar el impacto que pudo generar en un adolescente inquieto y ávido de cultura vivir este hito. Años más tarde, Fernando González Álvarez-Ossorio, hijo de Aníbal González, arquitecto artífice de este grandioso proyecto, se formaría como médico al igual que Rafael, en su caso en la especialidad de odontología. La relación entre ambas familias será estrecha al ser igualmente amigos y compañeros desde la infancia sus propios hijos.

Con la Exposición del 29 soplan aires de cambio. Se pondrán en marcha grandes proyectos urbanos, al amparo del progreso y los nuevos avances que llegan desde otros países. La ciudad se abre al mundo, llegan turistas y viajeros y los propios sevillanos comienzan a definirse con los tópicos que remarcan estos forasteros. Se mantendrá una profunda inclinación popular hacia las tradiciones culturales sevillanas y andaluzas, afianzándose aún más el amor por «lo nuestro», algo que se manifestará principalmente en los cafés y las tertulias más conocidas de la capital hispalense.

Pero tras la Exposición Iberoamericana la ciudad experimenta un gran declive. Ya no hay nuevas obras en proyecto, se acaba el trabajo para los obreros y

los numerosos conflictos sociales que se generan durante la II República paralizan el proceso de regeneración de Sevilla. Se suceden, por parte de los grupos más radicalizados, los ataques a iglesias, hermandades y a todo símbolo religioso. Durante la «primavera trágica» de 1936 tienen lugar saqueos, incendios y todo tipo de atentados. En Sevilla se pierde en solo unos días una incalculable riqueza patrimonial y artística. Para muchos cofrades, como Rafael, estos ataques supusieron una enorme afrenta a sus creencias y a su herencia emocional.

Poco después estalla la Guerra Civil y habrá que esperar casi 20 años para que la ciudad vuelva a retomar sus planes de crecimiento y mejora urbanística, así como su actividad social y cultural.

### 1.1.2. 1937-1949

La Guerra Civil supondrá un largo y penoso paréntesis en la vida de todos los españoles que se prolongará casi 15 años, en los que los protagonistas serán el hambre, la falta de recursos y las ilusiones destruidas. No será hasta la década de 1950 cuando se comenzará a vislumbrar de nuevo cierta alegría social y cultural, siempre bajo la mirada atenta de la censura y del régimen político establecido.

Sevilla vive con intensidad aquellos años convulsos. Miles de jóvenes sevillanos, como Rafael, vieron cómo sus vidas se paralizaban en muchos casos para siempre. No solo murió más de media generación en el conflicto, sino que el resto se vio obligado a reconstruir un mundo que ya nunca fue igual. Al finalizar la guerra, llegaron los años «del hambre», vacíos en cuanto a desarrollo y evolución social, y rebosantes de miseria y angustia.

Los estraperlistas hacían su agosto, ofreciendo desde legumbres y carne hasta horquillas y peines. La malaria, el paludismo, la tuberculosis, el tifus, la sarna y otras enfermedades infecciosas (como se verá con más detalle en el capítulo 2. La medicina) se cebaban con las clases más humildes y, especialmente, con los habitantes de los asentamientos de las afueras de la ciudad. Emigrantes de toda Andalucía y de algunas provincias extremeñas o castellanas llegaban a Sevilla en busca de un trabajo que no existía, malviviendo en chabolas y suburbios.

En este periodo las pocas reuniones sociales son «de tapadillo» y a puerta cerrada, en ventas cercanas o bares del centro como Las Escobas. Los casinos y círculos sociales disminuyen su nómina de socios. En sus salones continúan las tertulias sobre actualidad, noticias, toros, fútbol..., pero el tema político queda prohibido o relegado a la más estricta intimidad. Durante la década de los 40

se volvieron a consolidar las tertulias del Ateneo donde, con destreza oratoria, sus miembros hablaban de todo, incluso de política, siempre al amparo de oídos indiscretos, proporcionando un refugio para los pensadores liberales.

Es en estos años de posguerra cuando se produce en Sevilla un fenómeno llamado «vuelta a los años 20». La paralización del progreso de la ciudad a consecuencia del fin de la Gran Exposición y posteriormente de la Guerra Civil hace que la sociedad experimente un extraño «dèjà vu». Los sevillanos volvieron al tipo de vida que conocieron 20 años antes puesto que apenas se había evolucionado desde entonces.

Pero sí llegan nuevos aires en lo que a artistas se refiere. Lola Flores, Juanita Reina, Paquita Rico, Lolita Sevilla, Marujita Díaz, Marifé de Triana o Carmen Sevilla hacen las delicias del público de finales de los años 40 en Sevilla y en toda España. Quintero, León y Quiroga o Ochaíta Valerio crearon canciones que ya son historia de la música del país.

Esta es la realidad que Rafael vive a mediados del siglo XX donde, a pesar de algunos guiños en el ámbito del ocio, la sociedad sevillana se muestra principalmente desesperanzada. Una Sevilla donde cada vez más la decadencia hace estragos y la asfixiante moral y censura impuesta por el Régimen impiden que cualquier atisbo de renacimiento vea la luz.

### 1.1.3. 1950-1970

Durante los años 50 y 60 serán la fraternidad y la conciencia social las que mantendrán a flote a un país deprimido, castigado, además, por otros desastres añadidos, como las continuas riadas y la escasez de vivienda en Sevilla. Con la llegada de la democracia, se abrirá una nueva etapa en el modo de vida y en el sentir de todos los españoles.

Poco a poco se vuelve a retomar el camino hacia la modernidad. Sevilla va dejando la guerra atrás, se suprime el racionamiento y ya apenas escasean los productos cotidianos. La ciudad va siendo testigo de mejoras en la calidad urbana demoradas en el tiempo. Por fin comienza a funcionar el pantano de la Minilla y se inaugura la residencia sanitaria García Morato (actual Hospital Virgen del Rocío). Nace el semanario humorístico *La Codorniz* como ejemplo del avance del optimismo. El espíritu crítico vuelve a resurgir en los cafés y en los salones de los círculos sociales y del Ateneo, con sus famosas tertulias «Tranvía» y «Cenicero».

No obstante, con respecto a la economía, hay que empezar desde cero. No existe apenas entramado empresarial, lo que obliga a muchos jóvenes a

emigrar a Europa. Miles de niños están sin escolarizar por la falta de colegios públicos y es muy difícil para los jóvenes acceder a la formación profesional.

Una gran parte de Sevilla vivía en condiciones deplorables. Las casas particulares eran un lujo. Rafael y su mujer pudieron instalarse en un piso de la céntrica Plaza de la Encarnación gracias a la ayuda de su hermano Juan. Pero la vida en casas compartidas y en corrales de vecinos era la opción más frecuente de la clase obrera. Miles de familias sevillanas se enfrentaban al día a día sin luz eléctrica ni agua corriente, sin cocina y sin cuarto de baño propio. Padres, hijos, abuelos, tíos..., hasta diez personas podían llegar a vivir hacinadas en una misma habitación que por el día eran humildes salas de estar y por las noches se convertían en un mar de colchones ajados. A pesar de todo, en estos corrales no faltaba nunca la solidaridad entre sus habitantes, que no dudaban en prestar su ayuda cuando las vicisitudes de la vida sacudían a alguno de ellos.

En lo referente a la vida social, el Régimen persigue todo lo que se considera inmoral. Las freidurías vuelven a ser lugar de encuentro y tertulia en cada barrio por las tardes y noches, estableciéndose la costumbre diaria de cenar pescado. Los jóvenes instauran el «paseo» oficial, lugar de encuentro y socialización, en la calle Tetuán y la Plaza Nueva. Los cafés de la calle Rioja y los bares Gran Britz y Puerto Rico eran los más populares esos años. El Teatro San Fernando, El Casino Militar y el Círculo Mercantil suponían puntos de referencia y encuentro. También eran muy populares las confiterías, destacando entre estas La Española, Ochoa y La Campana. El café *Madrid*, el bar *Perla* o *Los Corrales* eran los más frecuentados por los sevillanos.

Muchas familias pasaban el domingo almorzando en la Vega de Triana, junto al Charco de la Pava, o en las ventas o cortijos cercanos. Las más «pudientes» ya empiezan a veranear en Chipiona o Punta Umbría y comienza la tendencia, para los bolsillos más boyantes, de adquirir segundas residencias, principalmente en las costas de Huelva y Cádiz.

El 1 de octubre de 1961 llega la televisión a Sevilla gracias a la antena de Guadalcanal. Por fin los sevillanos se incorporan a la revolución analógica española, que comienza en Madrid cinco años antes. El hecho de que muy pocas familias pudieran permitirse un televisor en sus hogares hizo que se popularizaran los encuentros en los bares y establecimientos que sí disponían de uno, así como en casas de familiares y amigos, sobre todo para ver partidos de fútbol, toros, concursos y espectáculos.

Pero, sin lugar a dudas, el suceso que más marcó a la ciudad en esos años fue la rotura del muro del arroyo Tamarguillo en noviembre de 1961. Las aguas anegaron Sevilla casi por completo. Más de 30 000 personas quedaron sin hogar y las consecuencias de las inundaciones, que afectaron a casi la

totalidad de la ciudad, se prolongaron más de una década: derrumbes de edificios dañados y accidentes a diario con víctimas mortales, desahucios y evacuaciones de viviendas, enfermedades a consecuencia de la humedad y la falta de un hogar digno (proliferaban los refugios y chabolas en Brenes, Torreblanca y La Corchuela) fueron el pan nuestro de cada día para muchos hasta casi mediados de los años 70, cuando se realiza la Corta de La Cartuja para desviar el curso del río desde San Jerónimo hasta San Juan de Aznalfarache y se erradica por fin el problema de las riadas en la ciudad.

El desbordamiento del Tamarguillo dio lugar a una maravillosa iniciativa solidaria en España llamada «Operación Clavel». Pero, por desgracia, se vio empañada por un terrible accidente de avioneta que causó la muerte a varias personas.

En 1969 faltaban más de 74 000 hogares en Sevilla. Los profesionales al frente de este problema, que lucharon incansablemente para hacerle frente, fueron Gregorio Cabeza, a cargo de la Secretaría de Viviendas y Refugios; el arquitecto Rafael Arévalo, el jefe de la Obra Sindical del Hogar, José Núñez de Castro (amigo de Rafael y miembro de la *Tertulia flamenca* de Radio Sevilla) y el delegado de Vivienda Francisco Zarza. Muchos vecinos de Triana, la gran mayoría vinculados al flamenco, fueron realojados en el Polígono San Pablo.

La nueva juventud sevillana, entre la que se encuentran los hijos de Rafael, tiene estudios, capacidad crítica e inquietudes políticas. Comienzan los primeros movimientos sindicales y las protestas universitarias. Las asambleas y las manifestaciones se suceden y muchas acciones acaban con detenidos por la policía.

Las costumbres de la ciudad también empiezan a cambiar, dibujando nuevas estampas en las calles. La publicidad experimenta un gran auge en esos años. Los anuncios de numerosos productos y marcas se convierten en auténticas referencias populares (máquinas de coser Alfa, aspirina Bayer, Cola Cao, Café Saimaza, Colchones Flex, Gallina Blanca, Profiden...). El 9 de marzo de 1968 se inaugura el Corte Inglés de Sevilla, el primer gran centro comercial a la altura de los grandes almacenes europeos, lo que supone algo muy novedoso en la ciudad.

#### 1.1.4. 1971-1995

En este periodo Rafael Belmonte García vive el final de su etapa profesional como médico en activo y desarrolla los últimos grandes proyectos personales. Sevilla, al igual que el resto de España, es una ciudad a la que está a punto de llegar la democracia. Los referentes políticos de la época tuvieron la oportunidad de

expresar sus ideas a una sociedad cada vez más ansiosa de libertad. Con el fallecimiento de Franco y la proclamación de Juan Carlos I como rey de España a finales de 1975 comienza la transición y llega una nueva realidad a todo el país donde la política y la lucha obrera son los protagonistas. Se legaliza el partido comunista, tienen lugar las primeras elecciones generales, se celebra el referéndum de la Constitución y se proyecta el Estatuto de Autonomía de Andalucía. El regionalismo vuelve a cobrar fuerza en el panorama político y social.

En Sevilla comienza a vislumbrarse el principio del fin del problema de la vivienda y se inicia una etapa de bienestar para una gran mayoría de la población sevillana. Llega el «destape» a los medios de comunicación como respuesta de una sociedad que cada vez más se mira en el espejo del mundo, sobre todo de Europa y Norteamérica.

Grupos de rock sevillanos, chicas con minifalda por las calles del centro de la capital y un creciente auge de la psicodelia importada de EE. UU. anuncian nuevos vientos en la vida social y cultural de Sevilla. Los patios de vecinos de Triana, donde Rafael Belmonte García vive su niñez, ahora albergan modernos pisos en los que los colores chillones de los salones y la televisión son los protagonistas.

El siglo XX comienza su recta final y la Sevilla de entonces se empieza a parecer cada vez más a la Sevilla de ahora. La celebración de una nueva exposición en la ciudad, la Expo'92, esta vez de carácter universal, marcará una vez más el principio de una nueva etapa económica y social para la capital hispalense, que tendrá una gran repercusión en la vida de todos los sevillanos.

## 1.2. El hermano de «Belmonte» (1914-1940)

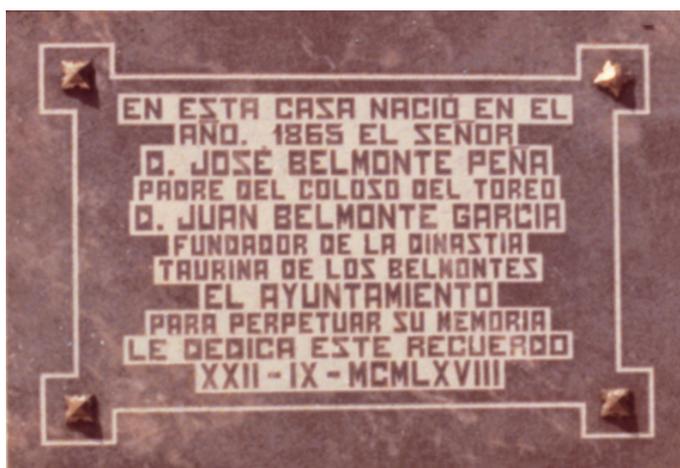
Los primeros datos que se tienen de la familia Belmonte, según investigaciones de José Belmonte Rodríguez-Pascual (2021), se remontan al matrimonio formado por Bartolomé Belmonte González y Francisca Gallardo de Mena, que, en calidad de comerciantes, llegan a Algodonales procedentes de Almería a principios del siglo XIX.

Uno de sus hijos, Juan José Belmonte Gallardo, se traslada en su juventud a Prado del Rey (Cádiz), casándose con Ana Peña Zurita, natural de Borrios. En 1880 esta familia, comerciante también, marcha a Sevilla donde uno de sus hijos, José Belmonte Peña, contraerá matrimonio con Concepción García Ibáñez, vecina de la ciudad. De esta unión nacerá Juan Belmonte García, quien sería conocido como el «Pasma» de Triana. A principios de 1900 se trasladan desde la calle Feria, donde residen al principio y regentan una tienda, al barrio de Triana.



D. José Belmonte  
Peña

Rafael Belmonte García vio la luz por primera vez el 6 de mayo de 1914 en la casa número 143 de la calle Castilla y, un mes más tarde, fue bautizado en la vecina parroquia de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de la O. Era el décimo de los hermanos Belmonte García y el más pequeño hasta que, poco después, nacieron los dos últimos: Joaquín y Soledad. Fue un niño regordete, moreno y bajito, al que los suyos



Placa de la casa  
natal de José  
Belmonte en Prado  
del Rey. 1968



Foto de la familia Belmonte en la casa de la calle Castilla 143. El primero por la izquierda es Calderón, apoderado de Juan Belmonte. Rafael se encuentra en brazos de su madre (segundo por la derecha). En el centro, su padre, José Belmonte

llamaban con cariño y guasa el «negro pelota», un apodo que le pone su hermano mayor, Juan. Su carácter, vivaracho y hablador, le hizo encajar como pez en el agua en su entorno.

En aquella época, Triana era un hervidero de folklore en estado puro: el mercado y los «colmaos» diseminados por la calle; los cafés ruidosos amenizados por tertulias en las que se arreglaba el mundo; los niños con sus pillerías correteando por los adoquines; los jovencitos jugando a ser toreros en el Altozano...

El barrio quedaba vertebrado por la Cava, avenida hoy conocida como calle Pagés del Corro, que marcaba la división entre dos partes: la Cava alta o nueva, también llamada de los gitanos (por ser sus vecinos, en su mayoría, de etnia gitana), que discurría desde la Plaza de Cuba hasta la Iglesia de San Jacinto, y la Cava de los civiles (en alusión a un antiguo cuartel de la Guardia Civil), que continuaba desde dicha iglesia hasta la calle San Vicente de Paul.

Nacer y crecer en este rincón de Sevilla a principios del siglo XX suponía sumergirse desde la cuna en las entrañas de la idiosincrasia sevillana y conllevaba irremediabilmente tener tatuado en el alma el arte y las tradiciones más populares de esta ciudad: los toros, el flamenco y la Semana Santa.

Pero, si ya de por sí haber nacido en Triana significaba tener una visión de la vida y de las costumbres muy particulares, el seno familiar condicionó definitivamente el talante de Rafael. Su padre, José Belmonte Peña, tenía un

pequeño puesto de venta de quincalla en los alrededores del mercado, muy cerca del Altozano. Con este negocio, como muy bien documentó Chaves Nogales (1934) en su famosa biografía sobre Juan Belmonte, José mantenía a su familia, llevando una vida humilde con no pocas estrecheces. Pero Rafael vivió una infancia totalmente marcada por la condición de torero de su hermano mayor. El hecho de que Juan fuera matador de toros determinó el destino de su familia, sobre todo de sus hermanos.

Rafael admiraba profundamente a Juan. Él nace un año después de que este tome la alternativa y, para un niño de aquella época, tener un hermano torero (y sobre todo a «Belmonte») suponía convivir con un personaje tremendamente admirado y reconocido, incluso a nivel internacional. En la actualidad, sería equiparable a ser el hermano de una de las mayores estrellas del fútbol mundial. Se llegó a decir que España a principios del siglo XX estaba dividida en dos bandos: «alfonsistas», en referencia al rey Alfonso XIII, y «belmontistas». Así que es fácil imaginar lo que significó para Rafael ser parte de su familia más cercana.

Rafael y Juan tenían dos parentescos al mismo tiempo: hermanos y primos hermanos. José Belmonte Peña se casó con la hermana de su mujer, Soledad García Ibáñez, tras fallecer muy joven su esposa, Concha, madre de sus primeros 4 hijos. Por ello, la mayoría de los hermanos Belmonte García lo eran solo de padre. Rafael era uno de los 9 hijos de Soledad, de los más pequeños, y la



Lugar donde se encontraba la quincallería de José Belmonte Peña, cerca del Altozano, en la actualidad

diferencia de edad con Juan (22 años) inevitablemente condicionó la relación a un plano más paternal que fraternal. Esa relación hermano-padre se mantendría durante toda su vida, envuelta en numerosas ocasiones por diferentes ópticas desde el punto de vista de Rafael. Además de hermano, fue amigo, confidente y, más veces de las que hubiera querido, médico.

Se puede afirmar sin ninguna duda que Juan fue la persona que más influyó en Rafael en todos los sentidos. Él solía decir que «comió de su pan». Le protegió, le educó, le ayudó personal y profesionalmente..., pero, sobre todo, le abrió las puertas de los círculos sociales, culturales y artísticos de su época, permitiendo que aflorara en él su gran vocación humanista. No se puede hablar de Rafael sin hablar de Juan y su figura está presente en cada una de las facetas de su vida.

En general, todos los hermanos tuvieron una especial relación entre ellos, ejerciendo Juan de líder familiar, no solo proporcionando a los suyos el sustento necesario, sino posibilitando su formación profesional, aconsejándoles, asesorándoles e, incluso a veces, imponiéndoles decisiones importantes tanto en el plano personal como laboral. El propio Rafael afirmaba que pocos hermanos hacen por los otros lo que Juan hizo por ellos, calificándolo como un hombre fabuloso y excepcional.

Todos llevaban grabada a fuego la sensación de pertenencia a una misma raíz, la de ser «un Belmonte». En sus numerosas charlas, conferencias, escritos y entrevistas Rafael usaba muy a menudo la coletilla «como Belmonte», «siendo un Belmonte» ... Era frecuente que hiciera referencia al hecho de provenir de su familia, pero no como una muestra de distinción o con intención de hacer alarde de su parentesco con Juan, todo lo contrario, era su forma de proclamar con el mayor de los orgullos que su familia lo era todo, que sin su raíz no era nada y que esa raíz le imponía un código no escrito de humildad, agradecimiento y continua admiración a todos ellos y, en especial, a su hermano mayor. Para él ser un Belmonte no era motivo de vanagloria, sino que conllevaba una obligación primordial: recordar siempre ese código y mantenerlo como premisa vital. Esto lo transmitió asimismo a sus hijos, a sus amigos, a todo su entorno. Y, casi como un legado espiritual, se ha quedado impregnado en su propia familia.

Esta intensa convivencia familiar supuso toda una lección de vida para Rafael, quien trasladó esa forma de afrontar el mundo al plano de la amistad y las relaciones sociales. Solía decir: «cuando existen discrepancias entre buenos amigos, se deben arreglar como buenos hermanos». Y las lecciones de tauromaquia que le impartieron inconscientemente desde la cuna las aplicó con maestría en su día a día, caracterizándose por dar buenos «capotazos» que le servían de ayuda en su espíritu de entrega hacia los demás.

MUNDO GRÁFICO

JUAN BELMONTE EN FAMILIA



Juan Belmonte con sus padres y sus nueve hermanos en la playa de la Puntilla, del Puerto de Santa María. Primera fotografía que se ha obtenido de toda la familia del famoso torero

**A**PROVECHANDO la circunstancia de no tener que torrear el domingo 30 de Agosto, el fenómeno taurino, Juan Belmonte, desde Málaga, donde había ido a tomar parte en las corridas de feria, trasladóse al puerto de Santa María, en cuya playa veranea la familia del enorme torero. Con sus padres y sus nueve hermanos ha pasado Belmonte unos días, disfrutando de los puros aires del mar, de la quietud de la vida aldeana y del tranquilo afecto de los suyos, libre de las emociones violentas y de la preocupación de los toros, que tanta fama le proporcionan, pero que tantos disgustos dan y en tan peligrosos riesgos ponen la vida de los diestros. Así decía él, cuando nuestro fotó-



Juan Belmonte, con su hermana y su apoderado el día 30 de Agosto, primer domingo, desde hace muchos años, que ha pasado sin torrear y al lado de su familia

grafo, Sr. Castroverde, hacia el grupo que publicamos en esta plana, que un domingo como aquel, pasado con sus padres y sus hermanos, y sin pensar en toros, valía más de mil toros. Un dato curioso de esta información es que en el grupo familiar figura el tercer hermano de Belmonte, de diez años, y que no obstante tan temprana edad ha torreado algunas novilladas, demostrando condiciones tan excepcionales que hacen esperar que será un segundo fenómeno. Y, sin duda, no será el solo émulo que tenga el muchacho en la familia, como ha ocurrido con la dinastía de los Bombas y de los Gallos, que han dado tres y aun cuatro toreros a la afición.

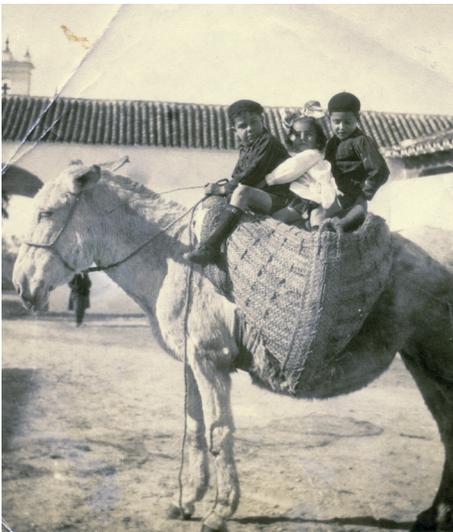
La familia Belmonte García, al completo, disfrutando de una jornada en la playa en El Puerto de Santa María

### 1.2.1. Infancia

Al nacer Rafael cuando ya Juan se había convertido en matador de toros, su infancia y la de los más pequeños de la casa fue diferente a la del resto de hermanos mayores: Concha, Manolo, Pepa, José Luis (murió muy pequeño), Pepe, Carmela, Paco, Antonio y Angelita. Cuando Juan volvía a casa, siempre traía regalos y juguetes para los hermanos más chicos: Rafael, Joaquín y Soledad. La economía familiar se vio ampliamente favorecida por las aportaciones del hermano mayor, que asumió el papel de benefactor para todos. En este contexto, la crianza de los últimos hermanos se desarrolló en una situación más desahogada y José, el padre, encontró alivio para mantener a tan numerosa prole al no depender ya exclusivamente de su pequeño negocio.

Rafael decía que él tenía Reyes Magos cada vez que su hermano volvía de torear. El escritor trianero Ángel Vela (1995) recrea estos momentos en su artículo «Negrillo pelota»:

...porque cuando sacaba a la calle sus juguetes todos los chiquillos de las casas de vecinos, especialmente de los corrales cercanos del Padre Santo y del Judío, más la temible chavalería de Chapina, se arremolinaban a su alrededor, y habría que haberles visto la cara churretosa cuando lo contemplaron tomando posesión de la calzada con su flamante automóvil de pedales...



Rafael, Soledad y Joaquín montando en burro. Finales de la década de 1910

En relación con este maravilloso coche de juguete que Juan les regaló a sus hermanos más pequeños, el mismo Rafael solía contar una simpática anécdota. Él y su hermano Joaquín enseguida se dispusieron a probarlo y echaron a pedalear calle Castilla abajo hacia la parte ancha de Chapina. Había por aquel entonces un puestecillo de castañas en la calle. El pequeño Rafael, con el ímpetu de la carrera, perdió el control del coche y acabó estampándose contra el puesto, desparramando por el suelo la olla de castañas. El crío, asustado, corrió



Rafael al volante de un coche de juguete con sus hermanos más pequeños, Joaquín y Soledad. Sevilla, finales de la década de 1910

hacia casa llorando desconsolado, seguido por el castañero que, hecho una furia, se presentó ante Juan increpándolo: «¡Tu hermanillo me ha buscado la ruina! ¡A ver qué hago yo ahora!». El torero, a modo de disculpa, le dio 20 duros de los de entonces y al buen señor no solo se le pasó el disgusto, sino que, además, tuvo que dar las gracias ante tanta generosidad. Desde ese día, cada vez que el chiquillo pasaba cerca del puesto con su automóvil a pedales, el castañero le gritaba: «¡Niño! ¡Rómpeme otra vez la olla!».

Tanto Rafael como los dos hermanos más pequeños, Joaquín y Soledad, fueron prácticamente criados por Isabel Martín, la mujer de Manolo, uno de los hermanos mayores. Recién casada y sin hijos propios, se dedicó al cuidado de sus pequeños cuñados. No solo los atendía cada vez que su suegra lo necesitaba, sino que los niños pasaban largas temporadas con ella. Hubo una época en la que estos vivieron, junto con su madre, en una finca propiedad de Juan situada cerca de Guillena. Pero las vacaciones las pasaban en la playa con Isabel, con quien compartieron los primeros juegos y vivencias. Esto creó un fuerte vínculo entre ellos, ejerciendo también Manolo de segundo padre de Rafael. Con él mantuvo una estrecha relación durante toda su vida, siendo en su casa donde estableció su primera consulta médica y donde se desarrollaron los primeros años de su carrera profesional.

También el cariño hacia su hermana más pequeña, Soledad, con la que convivió tan estrechamente, le hizo sentir muy especialmente su muerte



Isabel Martín Ruiz, esposa de Manolo Belmonte, con sus cuñados en la playa. De izquierda a derecha: Joaquín, Soledad y Rafael. Década de 1920



Soledad Belmonte García el día de su boda. Sevilla, 30 de mayo de 1942

prematura, con apenas 20 años, tras el parto de su primera y única hija. La niña quedó huérfana de madre nada más nacer y toda la familia se volcó con la pequeña, especialmente los más cercanos a Soledad. M.<sup>a</sup> Teresa, «mi solita», como la llamaba con ternura Juan Belmonte, fue adoptada por sus tíos Manolo e Isabel, que, tras criar a su madre, hicieron lo mismo con su sobrina. Y Rafael, que la vio crecer, le profesaba un cariño especial, ya que le recordaba mucho a la benjamina de los Belmonte. «No se lo

digas a los demás, pero tú eres mi sobrina favorita, Tere», le solía decir. Incluso le dedicó un poema: *Tengo una sobrinita...por casualidad*, con esa facilidad que él tenía para hacer del sentimiento sincero una rima con arte. Lamentablemente, dicho escrito no se ha encontrado en los archivos consultados.

### 1.2.2. Etapa colegial

La infancia de Rafael fue pareja a la del primogénito de su hermano Juan, Juanito Belmonte, nacido de su relación con Consuelo Campoy, quien también llegó a ser matador de toros. Casi de la misma edad (Rafael era 4 años mayor), crecieron juntos y ambos fueron matriculados a mediados de los años 20 en el internado del Colegio N.º S.ª del Carmen de los salesianos de Utrera, ubicado cerca de La Capitana, la finca que por aquel entonces tenía Belmonte en Los Molares, y cerca también de la casa de su hermano Manolo e Isabel en Utrera.

Su formación académica fue prácticamente impuesta por Juan. Él apenas pudo ir al colegio, ya que al fallecer su madre comenzó a ayudar a su padre en el negocio familiar. Esa carencia le hizo preocuparse especialmente por que sus hermanos y sus hijos tuvieran una buena educación.



Rafael en su etapa colegial

Esta etapa colegial marcó profundamente no solo a Rafael, sino a toda una generación de alumnos que conformaron los cimientos de la España del siglo XX, tal y como él mismo expuso en el discurso que pronunció en octubre de 1969 con motivo de las bodas de oro del padre D. Fco. Javier Montero, sacerdote salesiano:

D. Francisco Javier Montero y el Colegio de Utrera van grabados en el afecto y cariño, en el recuerdo y en el corazón, en la gratitud y el reconocimiento de miles de antiguos alumnos repartidos hoy día por la amplia geografía española. Altos personajes de la política, de la industria y de las finanzas; ilustres y acreditados profesionales; labradores que dejaron un poco al lado sus libros de texto para dedicarse al cultivo de sus haciendas, e incluso matadores de toros, futbolistas y artistas famosos deben en gran parte su sentido cristiano de la vida y su formación intelectual a estos dos nombres tan entrañables del Colegio de Utrera y de D. Francisco Javier Montero. (...) El álgebra, la trigonometría, la física y la química, la botánica y la biología son a través de sus palabras verdaderos 'misterios al descubierto' y sus frases y su manera peculiar de enseñar quedarán para siempre grabadas en la mente de miles de hombres que más tarde van a hacer uso de esa enseñanza para ganarse el pan cotidiano.

En ese mismo discurso describe a la perfección la imagen de aquellos años en el colegio, dibujando una estampa típica e histórica de los centros de enseñanza de la época:

Una Utrera de cabezas rapadas al cero, negros uniformes, largas medias, utilitarios babis y doradas y funerarias gorras... ¡la edad de hierro del Colegio! Nueve largos meses de octubre a junio a toques de campana y en correctas formaciones. Castigos en la vitrina y paseos al 'Cura Mato' y Consolación<sup>2</sup>. Pero que nos formaron para siempre para hacer frente a una vida noble y honrada.

Refleja también el paisaje de aquel entonces, recién incorporados a las instalaciones tanto el convento como la capilla del Carmen, lo que proporcionaba más amplitud al conjunto. Y la peculiaridad que supuso en su día la proximidad de la prisión a la construcción primitiva, descrita con gracia desde un paralelismo flamenco-religioso:

---

2. Se refiere a un paraje y al Santuario de la Virgen de Consolación de Utrera.



Rafael y sus compañeros de los salesianos de Utrera. Finales de los años 20



Y allí mismo, entre su fachada y su huerta, como una punta de lanza penetrando en su costado, se sostenía aún la ruinoso arquitectura de la antigua Prisión Provincial del Partido<sup>3</sup>. Y unos viejos muros

3. Se refiere al Partido de Utrera, división geográfico-territorial de la época.



Reunión de antiguos alumnos de los salesianos de Utrera. Rafael es el 7º por la derecha en la fila central, con gafas de sol

van a separar el grito triste y tremendo de un martinete o una carcelera, el quejío flamenco de una soleá o la angustia oculta de una seguiriya, del cántico gozoso del Gloria o del himno valiente y cristiano del Credo. Y unas risas y unos juegos cargados de Ilusión, de esperanza y de vida van a chocar contra unas paredes que por su otra cara aún recogen ecos de dolor y desesperación.

Es aquí donde completa sus primeros años de estudios y deja atrás su infancia para posteriormente comenzar su formación profesional.

### 1.2.3. La Residencia de Estudiantes de Madrid

En 1932, terminado el Bachillerato en el colegio salesiano, Juan matricula a Rafael en la Residencia de Estudiantes de Madrid, en la especialidad de Ingeniería agrónoma, la misma especialidad que también cursó allí Luis Buñuel, aunque no coincidieron en las aulas (Buñuel se matricula en 1920).

Juan Belmonte alternó con personajes de la talla de Valle Inclán, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Ruiz de Tapia... Vinculado al núcleo cultural de la época y conocedor de la importancia de la institución, decidió enviar allí a su

hermano para que este se labrara un futuro junto a los jóvenes más prometedores del momento. En España, a principios del siglo XX, no existía un lugar similar a las prestigiosas Oxford o Cambridge, donde los estudiantes, además de formarse profesionalmente, tenían la oportunidad de ampliar sus conocimientos e intercambiar ideas y pensamientos con personas de intereses similares.

Fundada en 1910, gracias a la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos y bajo la dirección de Jiménez Fraud, la Residencia propició el entorno ideal para poder acercar las diferentes ramas del conocimiento, combinando ciencia y humanidades, fomentando el desarrollo cultural a todos los niveles. Su biblioteca llegó a ser referente para la publicación de las obras de entonces y eran habituales las conferencias de personalidades invitadas: científicos, médicos, arquitectos, economistas o escritores como Albert Einstein, Le Corbusier, Paul Claudel, Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Ramiro de Maeztu, François Mauriac, Henri Bergson, Valle Inclán o Manuel Machado. La música y los conciertos también eran parte importante de la vida residencial. Manuel de Falla, Andrés Segovia, Ricardo Viñes, Igor Stravinsky, Maurice Ravel o Joaquín Turina fueron algunas de las figuras ilustres que los estudiantes tuvieron la suerte de tener como invitados. Con la fundación en el seno de la institución de la Sociedad de Cursos y Conferencias y el Comité Hispano-Inglés, la Residencia se convierte en germen de los principales artistas, investigadores y pensadores de nuestro país.

Rafael se encuentra ya por aquel entonces con la Residencia «nueva», un conjunto de pabellones situados en pleno campo en el llamado «Cerro del Valiente» (con vistas a la sierra de Guadarrama) y con los característicos jardines ideados por Juan Ramón Jiménez, conocidos como «La Colina de los Chopos». En la institución se primaba no solo la formación estudiantil, sino también la ciudadana, fomentando la vocación de servicio respecto a la sociedad española. Se promovía también el deporte: tenis, fútbol, pistas de carrera..., así como la organización de concursos de atletismo anuales. En este rico ambiente, lleno de estímulos para desarrollarse, se dieron cita los escritores y artistas conocidos como la Generación del 27: Federico García Lorca, Salvador Dalí, Luis Buñuel...

No se conserva documentación alguna del paso de Rafael Belmonte García por la Residencia. El archivo de la institución desapareció tras la Guerra Civil, época en la que el edificio tuvo varios usos militares, entre ellos el de Hospital de Carabineros. Por ello, todo lo que se ha podido recuperar de su historia es a partir de la información de algunos residentes y sus familiares, así como del epistolario del que fuera director, Alberto Jiménez Fraud. Sin embargo, queda el testimonio personal del propio Rafael, que contó a sus

allegados la gran experiencia que supuso para él su paso por esta institución. Es posible que coincidiera con la última etapa en la Residencia de Joaquín Romero Murube, Pepín Bello, Jorge Guillén, José Antonio Rubio Sacristán..., todos ellos, además, personajes influyentes en la historia reciente de Sevilla.

A Rafael allí le llamaban «Belmontito». Él recordaba cómo todos manifestaban admiración por su hermano. Como anécdota curiosa, contaba con orgullo, y con nostalgia, que en una visita de su hermano Juan a la Residencia, tras pasear por los jardines y visitar las instalaciones principales, le habló de las nuevas amistades que frecuentaba y de sus inquietudes intelectuales. En algún momento de la jornada coincidieron con un grupo de jóvenes, entre los cuales se encontraba Federico García Lorca, momento que él aprovechó para presentárselo. Si bien es cierto que en las fechas en las que Rafael estuvo matriculado en la Residencia Lorca ya no era alumno, sí es muy probable que coincidieran. De hecho, está documentada su asistencia al estreno de *El Amor Brujo* de Falla en Cádiz en junio de 1933, obra que volvería a representarse en la Residencia de Madrid. También son conocidas las conferencias que pronunciaba en la institución coincidiendo con sus estancias en la capital y su participación en las tertulias de la época. Además, la admiración por lo taurino del artista (escribe *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* a la muerte del maestro) y su gran amistad con Gerardo Diego, quien, además, escribe su *Oda a Belmonte*, hacen que sea más que probable el encuentro en algún momento entre el joven Rafael y el gran Federico García Lorca.

En cualquier caso, no cabe la menor duda de que la influencia de la Residencia de Estudiantes fue determinante en su faceta como escritor, poeta, conferenciante, tertuliano y pregonero. El fuego solo prende con el combustible adecuado. Y la etapa de Rafael en Madrid avivó su capacidad creativa. También durante este periodo, es testigo de las primeras entrevistas que mantiene su hermano Juan con el periodista y escritor Chaves Nogales. Aprovechando su estancia en la capital, en varias ocasiones fueron juntos a la cafetería donde se daba cita el matador de toros con el escritor. Las notas tomadas durante estos encuentros se convirtieron en una serie de artículos publicados en la revista *Estampa* en el año 1934, ilustrados con dibujos de Martínez de León y Bartolosi. Más adelante, estos artículos se publicaron como una novela con formato autobiográfico que acabaría convirtiéndose en la obra más conocida sobre la vida de Belmonte y en el libro que encumbraría a su autor.

Pero a Rafael la Ingeniería no le terminaba de convencer. No destacó académicamente y tampoco le puso un gran empeño; así que Juan instó a su hermano a elegir otra carrera y convertirse en un buen profesional, pero no a dejar de estudiar. Al estar casi todos sus hermanos vinculados de algún modo a lo

taurino, le pareció buena idea tener como apoyo a un médico en la familia. Pero probablemente fue la faceta más humana de la atención médica lo que hizo que Rafael se decantara finalmente por estudiar Medicina, matriculándose en la facultad de Sevilla en el curso 1933-34. Sin embargo, al igual que le ocurrió al resto de jóvenes del momento, la guerra paralizó en seco sus planes de futuro, corriendo un denso telón durante varios años y dejando paso a escenas que nadie nunca hubiera imaginado.

### El soldado

El 20 de enero de 1937, Rafael, un joven sevillano estudiante de Medicina, parte hacia el frente de Málaga en calidad de subjefe en la 39ª Centuria Provincial, tras haberse incorporado poco antes como voluntario a la milicia falangista de Sevilla. No destaca por su forma física: bajito, más ancho que delgado, moreno de piel y con una eterna expresión traviesa en su rostro, no es el prototipo de soldado aguerrido que uno pueda imaginar. Con más temor que convicción y esperanzado con la idea de ser útil de algún modo por sus conocimientos de medicina en medio de aquella vorágine que suponía el alzamiento nacional, decidió colaborar junto a otros compañeros con ánimo de solventar el conflicto de la mejor forma posible.

Meses más tarde, Rafael y sus compañeros son enviados a Córdoba como parte de la Cuarta Bandera de las milicias de Sevilla. Apenas llevaban unos días en la campaña cordobesa cuando el destacamento recalca en Baena. Como era costumbre, tras acampar, la mayoría de los soldados se entregaba a la afanosa tarea de recorrer las calles, con el mandato de reconocer el territorio, pero con el deseo oculto de encontrar allí algo que les recordara a su hogar aunque solo fuera por unos días.

En esta ocasión Rafael quiso ir solo. La mayoría de sus compañeros se había decidido a transitar las callejuelas más céntricas. Sin embargo, él prefirió acercarse a la zona más alta del pueblo, conocida como el «Balcón». Tras subir una pequeña loma, entrando por una callecita empedrada, Rafael se encontró con un gran ventanal a pie de calle. No tenía nada de especial; era el típico cerramiento a modo de mirador acristalado que suele verse en las fachadas de muchas casas en los pueblos andaluces y que sirve de prolongación de la sala de estar junto al recibidor. Casi pasa de refilón siguiendo calle abajo cuando de repente ve que se abren sus cortinas y que una chiquilla se asoma con determinación. Morena, de

mediana altura, de ojos grandes y oscuros, se dispone a abrir uno de los ventanucos de la cristalera cuando se da cuenta de que, justo en la acera de enfrente, un soldado la observa con asombro. Con cierta coquetería y orgullo lozano lo mira de reojo sin inmutarse y abre lentamente la ventana, asomándose después hacia el lado contrario de la calle. Tras unos segundos, gira la cabeza, levanta la vista y lo mira de frente, entre curiosa y desafiante. El soldado no acierta a decir nada, ni a moverse siquiera. Medio riendo, azorada por la expectación generada, la chiquilla cierra nuevamente la ventana y vuelve para adentro con prisa fingida.

No hizo falta mucho más para que Rafael memorizara como el Padre Nuestro el camino que llevaba a la casa y volviera al día siguiente con la esperanza de encontrarse con esa morena tan preciosa y de soltarle un par de galanterías que, en el primer encuentro, más por sorpresa que por vergüenza, no se atrevió a decirle.

Con ese pensamiento estaba el joven recluta de nuevo frente cuando, para su asombro, ve asomarse por la ventana a otra muchacha distinta a la del día anterior. Aunque guardaba cierto parecido con ella, su rostro era muy diferente. Tenía otra expresión en la mirada, igual de oscura pero más lánguida y profunda. La chica era más alta, con la cara redonda y de complexión fuerte. Lucía también un pelo negro y brillante, aunque más rizado. Abrió los cristales como si tal cosa, sin ninguna intención aparente, casi por casualidad, y se sobresaltó cuando reparó en la presencia de él, mirándola con admiración amparado por el anonimato del uniforme. Rafael sintió que podía pasar la vida entera perdido en esos ojos, tan grandes, brillantes y oscuros que le recordaron a las aceitunas negras ya maduras que por aquel entonces empezaban a despuntar entre los olivos de los alrededores. La chica lo miró con extrañeza y dirigió su cara hacia el interior de la casa con intención de llamar a alguien, pero, justo antes de que lo hiciera, apareció junto a ella la muchacha que Rafael había visto el día anterior, seguida de una niña agarrada de las faldas.

—¿Y este quién es? ¿Tú lo conoces, Carmen? —preguntó la morena de pelo rizado a la que acababa de aparecer en escena.

—¿Yo? ¡Qué va! Estaba ayer ahí plantao lo mismito que ahora, con cara de pasmarote —respondió Carmen— Será un soldao de los que llegaron el otro día, los de refuerzo.

—Pues como todos sean como este..., vamos aviaos —contestó la primera de las muchachas con sorna— ¿Tú qué quieres? —le preguntó a Rafael con un marcado acento cordobés y mirándolo fijamente.



Rafael en sus tiempos como soldado. Finales de los años 30

—Yo nada..., que iba dando un paseo y me he encontrao con una morena mu guapa. Y delante de los monumentos es pecao no pararse —respondió con desparpajo Rafael.

Ante la contestación, las dos chiquillas se rieron con cierto pudor mientras la otra niña miraba la escena con atención sin entender muy bien qué pasaba.

—Pues...como te vea mi padre se te van a quitar las ganas de ver más monumentos —replicó la muchacha que había visto Rafael el primer día.

—De ver cosas bonitas no se le quitan a uno las ganas nunca morena —le contestó.

—Anda niño, sigue con el paseo que nosotras tenemos faena, no vamos a estar aquí de cháchara to la mañana —le dijo la muchacha que acababa de ver.

Las dos se dispusieron a cerrar la ventana entre risas, pero antes de hacerlo, la morena de pelo rizado y ojos brillantes se paró a mirarle de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rafael.

Antes de que le contestara, su hermana respondió: —A ti te lo va a desí, —y agarrándola por el brazo cerró la ventana con fingida dignidad y se la llevó hacia el interior de la casa.

Ni que decir tiene que Rafael volvió a la casa no al día siguiente, sino todos los días que permaneció en Baena. El joven estudiante de Medicina había encontrado al que sería el amor de su vida.

Todo lo que le faltaba a aquel soldado de planta, lo suplió con creces con la labia. La mayor de las hermanas Jiménez, Carmen, hizo la vista gorda y dejó que Trini le «hablara» a Rafael cuando salían a pasear o jugaban con Fernanda, la hermana pequeña. Los dos miembros de la pareja, cada día más enamorada, se llamaban entre ellos con cariño «nena» y «nene». Rafael le pidió a Federico Jiménez permiso formal para ser novio de su hija Trinidad.

La guerra continuó, pero el joven Rafael Belmonte se refugiaba en la tarea de escribir cartas a la mujer que le había robado el corazón para siempre. Cartas llenas de amor y poesía, donde el sentimiento se imponía a la realidad:

### El recuerdo de la amada

En la noche clara  
bajo las estrellas, bajo los luceros  
a mi mente llegan  
miles de recuerdos.  
Recuerdos de días  
que alegres se fueron  
como palomitas de cuerpo hechicero.  
Recuerdos de otros  
que de sufrimientos se fueron cargados  
como negros cuervos.  
Y entre uno y otro  
color blanco y negro  
de mi corta vida de triste andariego  
siempre tu figura  
que tan hondo llevo  
se presenta dulce, cariñosa y tierna  
hablando muy quieto.  
«No temas» me dices  
«¡A las balas fieras no les tengas miedo!  
¡Déjalas que chillen y pasen rozando  
muy cerca de tu cuerpo!  
¿No ves que a la Virgen  
riendo y llorando por ti yo le rezo?  
¿Qué importa que el frío  
cruel, traicionero  
se meta calando  
muy hondo en tus huesos?



Rafael y Trini en sus primeros años de noviazgo, durante la guerra, en Baena. Finales de los años 30

Para ti, mi vida  
para ti, yo tengo  
calor de mi sangre,  
calor de mis ojos, calor de mi cuerpo.  
¿Qué importa que mueras?  
¿Qué importa si luego  
mi existencia triste y feliz a un tiempo  
en tu avisada muerte  
se irá consumiendo  
guardando amorosa  
tu dulce recuerdo?»  
Así hablas; y a tu voz, «mágico reflejo»  
ya el frío cruel  
no asusta mi cuerpo.  
Ni a la bala fiera  
le teme mi cuerpo.  
Y a la misma muerte

que hiciese encargo  
 contento y alegre  
 en mi sitio espero.  
 Pues sé que allá arriba  
 sobre los cuervos  
 que marcó el ausente  
 a los que cayeron,  
 no me faltaría  
 calor de tu cuerpo  
 calor de tus lágrimas  
 calor de tus besos...

(R. Belmonte, 19 de junio de 1938)

Dicen que el destino no existe. ¿Y quién si no hizo que Trini saliera a la ventana justo cuando Rafael pasaba por allí? El mismo destino que hizo que Fernanda, la hermana más pequeña, saliera sollozando de su escondite en un armario para agarrarse a la pierna de su padre al que se llevaban a rastras unos hombres con fusiles al hombro. —*¿Delante de la cría lo vais a matar?* —dijo con clemencia uno de ellos. —*Bueno, dejarlo ahí...* —claudicó otro—

*pero luego volvemos a buscarlo. Nunca lo hicieron.*

La guerra civil española partió por la mitad a toda una generación. Los recuerdos son duros y vergonzantes para casi todos. Sin embargo, entre tanto sinsentido, la juventud y las ganas de vivir se abrieron paso, dando lugar a historias de amor que conmueven no por extraordinarias, sino por la sencillez con la que nacen y se aferran para siempre en nuestro recuerdo.

Años más tarde, en su madurez y como esposo feliz, Rafael (1969) le dedicará a Trini nuevos versos, esta vez recitados en persona y con motivo del pregón de la Semana Santa de su tierra, Baena, recordando el principio de su historia de amor:



Rafael y Trini en sus primeros años de noviazgo en Baena. 19 de marzo de 1939

Trini a principios  
de los años 40.  
Fotografía  
dedicada enviada  
por carta a Rafael



A Trini, mi esposa, luz, norte y guía en el sendero de mi vida:

Una senda repartida  
entre el olivo y la flor.  
Sevilla me dio la vida  
Baena me da el amor.  
Sevilla puso la sal  
en la corriente de un río.  
Baena pone en su cal  
suspiros de escalofrío.  
Y entre Sevilla y Baena  
y entre Baena y Sevilla  
los ojos de una morena  
brillando de orilla a orilla.

El 23 de septiembre de 1937, Rafael Belmonte García pasó a formar parte de la Quinta Bandera de FET y de las JONS de Sevilla, y con ella sigue permaneciendo en el frente de Córdoba. Pero unos meses después es trasladado a otros sectores en Jaén y, finalmente, al frente de Extremadura. Desde allí empieza a vislumbrar, por fin, un nuevo futuro, ya junto a la mujer de la que se ha enamorado y, con ánimo de continuar con su formación universitaria lo antes posible, decide escribir al subsecretario del Ministerio Nacional de Educación:



Rafael y Trini a principios de los años 40



Rafael y Trini, en El Rocío, a principios de los años 40

Excmo. Sr.

(...) A V. S. con el debido respeto y subordinación expongo que: estando matriculado en la Facultad de Medicina de Sevilla del Tercer curso durante el año escolar 1935-36 y que teniendo pendiente de examen las asignaturas FISIOLÓGIA ESPECIAL Y MICROBIOLOGÍA MÉDICA de las cuales no pude examinarme en exámenes extraordinarios por ser estos suspendidos al sobrevenir el Glorioso Movimiento, es por ello que solicito se digne concederme el ser admitido a los exámenes que se convocarán según orden de ese Ministerio aparecida en el B.O.E. n.º 101 con fecha 9 de octubre del año actual. Es gracia que espero alcanzar del recto proceder de V.S. cuya vida guarde Dios muchos años para bien de nuestra querida España.

Desde el Frente de Extremadura.

A 14 de octubre de 1938 (R. Belmonte)

Es curioso cómo en los momentos de caos el ser humano se agarra a lo más insospechado para mantener los pies en la tierra, para cerciorarse de que su mundo, aunque ya parezca menos suyo, sigue estando ahí de algún modo. En medio del horror, Rafael se aferra a su futuro como médico, al camino que aún le queda por recorrer para conseguirlo. Quizá, porque es lo único que le da fuerzas e ilusión para superar la situación; quizá, porque las experiencias vividas en aquellos días acrecientan aún más su deseo de ser útil a los demás y reafirman la necesidad de su papel en la sociedad; o, quizá, porque es ahora cuando realmente ha comprendido que la vocación sin sacrificio no tiene razón de ser.

Casi un año más debe esperar para poder reanudar sus estudios. Fue ascendido a sargento de milicias el 12 de diciembre de 1938. Desde el frente de Extremadura, forma parte de la Quinta Bandera hasta la finalización de la campaña el 1 de abril de 1939, fecha en la que pasa con su unidad de guarnición a diferentes pueblos de la provincia de Almería y, más tarde, a Sevilla, donde permanece prestando servicio hasta final de julio de 1939, cuando es licenciado a petición propia con su reemplazo.

El 29 de agosto de 1939 se le concede, como recompensa, la Medalla de la Campaña, dos Cruces Rojas del Mérito Militar y una Cruz de Guerra.

### 1.3. Esposo y padre (1941-1970)

Rafael reanuda sus estudios de Medicina. Sin embargo, su corazón está en Baena, con Trini, a la que escribe cartas con frecuencia recordándole lo mucho que la extraña:



Rafael a principios de los años 40. Foto dedicada a sus hermanos Manolo e Isabel

(...) Y figúrate cómo estaré ahora acostumbrado a pasarlo tan bien a tu lado, al estar ahora aquí solillo y con mucha rabia pues hay veces que me dan ganas de dejarlo todo y no pensar más que en ser feliz a tu lado y no tener que soportar este suplicio de no ver a la nena más bonita del mundo (...)

(Fragmento de una carta de Rafael a Trini en el verano de 1942)



Rafael y Trini,  
recién casados, el  
14 de abril de 1949  
(Jueves Santo)

Finalmente, tras licenciarse en Medicina y Cirugía, y tras 12 años de noviazgo, contraen matrimonio en Baena el 6 de abril de 1949 y ambos se instalan en Sevilla, donde Rafael establece su primera consulta médica en la planta baja de la casa de su hermano Manolo, en la calle San Pedro Mártir. Muy cerca, y gracias al apoyo de Juan Belmonte, la pareja formará su hogar en un pequeño piso situado en la Plaza de la Encarnación. Allí vivirán sus primeros años de casados y nacerán sus hijos: Rafael (1950) y Juan (1952), aunque el nacimiento de este último coincidió con un viaje familiar a Baena.



Rafael y Trini en la Plaza de la Encarnación de Sevilla. Detrás de ellos, marcados con una x, los balcones de su nueva casa. 1949

Los Belmonte Jiménez mantendrán siempre una estrecha relación con la tierra natal de Trini, a la cual Rafael le profesaba un cariño especial, sintiéndose baenense de corazón.

En aquel entonces destacaba la estrecha relación que se tenía con los vecinos. Los niños subían y bajaban por las escaleras de los bloques, jugaban en la calle frente a sus casas y las puertas de todos estaban abiertas a casi cualquier hora.

En la mesa se servía comida para la familia y para el que llegaba por

casualidad o por costumbre. Los cocidos de garbanzos eran casi públicos y se respiraba hermandad en una Sevilla que comenzaba a entrar en la modernidad poco a poco. En esta Plaza de la Encarnación, su hijo Rafael (2021) recuerda cómo fueron testigos de la última nevada que hubo en Sevilla, en febrero de 1954, y de cómo niños y mayores disfrutaron de la insólita estampa de la ciudad cubierta de blanco.

Fueron años muy felices, marcados por el comienzo de la etapa profesional de Rafael como médico y de las primeras colaboraciones en radio, además de su participación activa en la vida social sevillana. La hermana pequeña de Trini, Fernanda, pasaba largas temporadas con ellos y les ayudaba con los niños. En su memoria guarda con gran cariño los detalles de aquella época y el carácter alegre y desprendido de Rafael, quien siempre la trató como si fuera su propia hermana y se aseguró de que conociera bien la Sevilla de entonces y disfrutara como una joven más, llevándola con ellos al teatro, a los toros, a cenas y a numerosos eventos a los que el matrimonio era invitado.



Rafael y Trini, junto a su hermana Fernanda, y el primer hijo de estos, Rafael, a los pocos meses de edad. Plaza de España de Sevilla, 1950



Rafael y su primer hijo. Principios de la década de los 50



Rafael y Trini, con sus hijos, tras el nacimiento del segundo de ellos, Juan. Verano de 1952

En verano, la familia disfrutaba de las vacaciones en la playa, alquilando una casita en Punta Umbría. Junto a su hermano Joaquín y, en ocasiones, también su hermana Carmen y sus respectivas familias, Rafael pasaba unos días de descanso junto al mar. Por aquel entonces, para poder llegar a esta playa había que dejar el coche en el muelle de Huelva y coger una canoa para poder cruzar. Todo el equipaje y los bártulos propios del viaje tenían que ser bajados del maletero y transportados en barcas. Normalmente, Trini y los niños permanecían allí una temporada, pero Rafael tenía que atender su consulta en Sevilla, por lo que iba y venía los fines de semana. Los días que volvía a su encuentro, la familia se acercaba al muelle para esperarlo. Solía llevar una



Rafael, con su primer coche, un 600, en el muelle de Huelva. Década de los 50



Rafael y Trini disfrutando de las vacaciones familiares en Punta Umbría con Fernanda y los niños a mediados de la década de los 50

gorra blanca, por lo que los niños enseguida lo divisaban y lo llamaban desde lejos divertidos y felices.

Era habitual que en esos días también los visitaran numerosos amigos y familiares. La casa en cuestión era pequeña, por lo que a veces tenían que ingeniárselas para poder dar cabida a todos. En cierta ocasión, Rafael invitó a su gran amigo, el fotógrafo y actor fundador de la agrupación teatral Álvarez Quintero, Eulogio Serrano, junto a su mujer Josefina y su hija Carmen, entonces un bebé, con motivo de la celebración del cumpleaños de su hijo Juan. A la hora de dormir no había camas suficientes, así que a Trini se le ocurrió poner un pequeño colchón en la bañera del cuarto de baño. Y allí acomodaron al bueno de Eulogio, que pasó la noche en la improvisada cama de azulejos. Son anécdotas de una época donde la convivencia con los seres queridos era el mayor patrimonio de todos.

La relación de Rafael con todos sus hermanos siempre fue muy estrecha, estando muy unido a ellos y siendo partícipe de todo aquello que tenía lugar en sus vidas, tanto de los acontecimientos alegres como de los momentos más duros.

A finales de los años 50, tras fallecer su hermano Manolo, Rafael establece su domicilio y su consulta profesional en la calle Zaragoza nº 58, junto a la Plaza Nueva. Al tener su casa y su despacho en la misma vivienda, su vida



Octavo cumpleaños de Juan Belmonte Jiménez en Punta Umbría. Verano de 1960. En la foto superior, con familiares y amigos; en la inferior, con Eulogio Serrano y su hija Carmen en brazos



Boda de Pepe Belmonte (sobrino de Rafael, hijo de su hermano Pepe) con Amparo Rodríguez-Pascual. Basílica de N.ª S.ª del Carmen, Jerez, 29 de octubre de 1955. Juan Belmonte firma como testigo de la boda. Detrás, Bernardo, marido de Angelita Belmonte y Bernardino, cuñado de Pepe



Rafael Belmonte,  
junto a sus  
familiares y  
amigos, en el  
funeral de su  
hermano Manolo  
Belmonte. Sevilla,  
5 de octubre  
de 1956



personal y laboral se entremezclan, siendo frecuentes las reuniones de amigos y compañeros que terminaban en el salón del hogar. Toda la familia era testigo de sus proyectos, estando siempre su puerta abierta a cualquiera que lo pudiera necesitar. Es aquí donde consolida su carrera como médico y donde se sumerge de lleno en el mundo de la comunicación, el flamenco y la cultura sevillana. También es aquí donde crecen sus hijos y se acumulan los mayores recuerdos y vivencias familiares. Como aquella Navidad en la que *Falín* y *Juanín* no quisieron comer...



Rafael en la puerta de su casa de la calle Zaragoza. Día de San Rafael de 1957



Rafael, Trini y sus hijos en la azotea de su casa de la calle Zaragoza. Día de San Rafael de 1957

### Pedrito

Era costumbre en la Sevilla de mediados del siglo XX que algunas familias compraran un pavo y lo criaran en el patio o en la azotea hasta el día de Navidad. Ese año el Dr. Belmonte había tenido la suerte de recibir como regalo más de uno por parte de algunos pacientes agradecidos, por lo que durante esas fechas iba a poder disfrutar de este delicioso manjar en más de una comida familiar. Hasta cinco pavos campaban ese diciembre por su azotea de la calle Zaragoza. Los niños estaban encantados y siempre que podían subían a jugar con ellos, ilusionados con tan originales mascotas temporales. Uno de ellos era inusualmente peculiar: más fornido que el resto y con un plumaje completamente blanco en el cual destacaba el «moco» rojo. Los niños enseguida lo eligieron como favorito y lo bautizaron como *Pedrito*.

El pavo *Pedrito* disfrutó de unas semanas de mimos por parte de *Falín* y *Juanín*. La tata Carmen, baenense pequeñita y menuda, que se había venido a trabajar a casa de la familia cuando nacieron los niños, apartaba restos de fruta y pequeñas sobras para que los pequeños alimentaran a los pavos y se encargaba, además, del cuidado de estos animales hasta que les llegaba la hora de pasar por la cazuela. Viendo la tata que los niños cada vez se encariñaban más con *Pedrito*, decidió ir postergando su inevitable final hasta que ya no quedaran pavos. De ese modo, también así encontraba la excusa perfecta para justificar el fin de los otros congéneres. Cuando los niños se encontraban con que el plato principal del domingo era un pavo, rápidamente se anticipaba con una explicación lógica para estos:

—Tata, ¿este qué pavo es? –le preguntaba alguno de ellos.

—¿Esteee? Este el feo, el que estaba siempre en la esquina, que no comía ná, que estaba cojo perdió..., pobresillo –les contaba exagerando con cara de lástima– ya estaba el animal en las últimas y lo hemos tenido que sacrificar, angelico, pa que no sufriera..., pero no apurarse, que la carne está mu blandita y aunque ya no estaba pa voceá no veas lo rico que ha salío. Así que ¡a comer!, que se enfría.

Y así fueron pasando por el calvario de la cocina, de uno en uno, el cojo, el bizco, el «eschumizao», el «pelón»... todos ellos sacrificados caritativamente por la buena de Carmen, a la que no le quedaba más remedio que darle fin a tan penosa existencia. Hasta que llegó el día de Navidad.

Rafael y Trini habían invitado a algunos familiares y amigos a almorzar el día 25. La mesa estaba engalanada y los niños, repeinados y

perfumados, correteaban por la casa a la espera de la hora de la comida. Esa misma mañana habían subido a la azotea para echarle a Pedrito las miguitas de pan que habían guardado del desayuno, ajenos a la irremediable tragedia que les caería unas horas después como un jarro de agua fría. Aprovechando que Trini iba a buscar unos encargos a la confitería, la Tata le sugirió que se los llevara con ella, para así poder enfrascarse en la desagradable tarea de la preparación del plato principal del día.

Apenas se hubo cerrado la puerta que daba a la calle, Carmen subió corriendo las escaleras y abrió la puerta de la azotea, encontrándose frente a frente con el animal. Aunque estaba ya más que acostumbrada a semejante faena, esta vez sintió lástima por el sofocón que se iban a llevar los niños, así que inconscientemente se vio en la necesidad de justificarse ante el pavo:

—*Pedrito, te tocó, hijo. Yo lo siento en el alma..., pero eres un pavo. Y a los pavos por mucho que a los niños les de la perra no se les puede tener en palmitas y sacarlos a pasear... Los pavos se comen, igual que los cochinos, los pollos... Yo lo siento de verdad, porque yo también te había cogió cariño, con esas plumas blanquiitas blanquiitas, que parece que llevas el manto de la Paz del Domingo de Ramos... Pero paz vamos a tener hoy poca, cuando los nenes te vean de cuerpo presente en lo alto del mantel.*

—*Glu glú* –le contestó Pedrito.

Y la tata Carmen lo tomó como la conformidad del ave que ya no vería otro amanecer en la Plaza Nueva. Acto seguido se persignó y dando una zancada agarró al pavo por el pescuezo y se lo retorció hasta que el pobre animal cayó muerto.

—*Ala, al cielo de los pavos* –se lamentó y, cargando con él en brazos, lo llevó escaleras abajo para desplumarlo.

A mediodía ya estaban casi todos sentados a la mesa. Un delicioso olor proveniente de la cocina envolvía todo el salón. Los niños habían empezado a vaciar una fuente con trocitos de queso mientras los mayores charlaban animadamente. Rafael había bajado un momento a su despacho con su hermano Joaquín para entregarle unos papeles y, de repente, ambos aparecieron en la sala riéndose a más no poder.

—*¿Y qué le dijiste entonces?* –le preguntó Joaquín a Rafael, pasándole un brazo por el hombro y casi llorando de la risa.

—*Que no contara más embustes, que si no la próxima vez que viniera en vez de sacarle sangre le iba a sacar los colores* –le respondió Rafael también con la risa floja.

En ese momento Trini, viendo que ya están todos, avisa a Carmen para que traiga la comida a la mesa. La tata, vestida con su mejor delantal blanco, se santigua y coge dos pañitos para agarrar las asas de la bandeja de plata donde yace el desdichado pavo, ahora ya luciendo un espléndido color dorado y adornado con una fantástica guarnición de patatas alrededor. Carmen tenía ya ensayado el discurso sobre la repentina muerte del finado como consecuencia de un atragantamiento con un trozo de manzana cuando Rafael la ve aparecer por la sala con la bandeja en alto de manera que, al ser tan corta de estatura, parecía que su propia cabeza era el culo del pavo, apoyada en el cuello del delantal blanco. Como estaba aún con la guasa, no pudo contenerse y comentó en voz alta con sorna:

—*¡Anda! No sabía yo que al Pedrito le habían salido piernas, pues sí que le ha dado bien de comer la Carmen.*

—*¿Ese es Pedrito?* —chillaron los niños casi al unísono y comenzaron a llorar desconsolados.

Como es de suponer, *Falín* y *Juanín* no consintieron probar bocado ese día a pesar de los intentos por hacerles entrar en razón de todos los allí presentes. Y el pobre de *Pedrito* tuvo que ser desmenuzado con discreción en la cocina y servido en platos con mucha guarnición encima para disimular y evitar más sofocones de los niños. Desde entonces en casa de Rafael no volvió a entrar un pavo... vivo.

En las vivencias familiares con su mujer, sus hijos y su entorno más cercano, siempre estaba presente el carácter simpático y ocurrente del doctor Belmonte. Su hijo Rafael (2021) recuerda con cariño numerosas anécdotas, entre ellas una que tiene como protagonista a Bobby, un cachorrito de cocker spaniel color canela que el padre compró para los niños en la Plaza del Cabildo, donde por aquel entonces un señor se dedicaba a vender perritos.

La mascota desde el principio fue mimada por toda la familia, lo criaron con biberón y se adaptó tanto a las costumbres de la casa que enseguida aprendió que, cuando se paraba un coche en la entrada de la vivienda, era porque la familia se iba a pasar el día a algún sitio y, en cuanto veía que se abría la puerta del vehículo, ya fuera por el motivo que fuera, el perro saltaba dentro y no había forma humana de sacarlo. A Rafael padre se le ocurrió un día probar a bajarlo llevando consigo al perro del vecino, algo que dio el resultado esperado. Pero claro, desde entonces, cada vez que Bobby se subía al coche, tenía que llamar a la casa del vecino y pedirle prestado el perro, lo que en más de una ocasión propició divertidas situaciones.



La tata Carmen (Carmen Villarreal Trujillo) con los niños. Parque de María Luisa y Plaza Nueva de Sevilla. Finales de los 50



Rafael y Trini con sus hijos en la casa familiar de Baena, con las hermanas de Trini, Carmen y Fernanda, sus padres, Federico y Carmen, y Dolores (chacha Loles), hermana de Carmen. Finales de los 50

También la vida familiar del doctor Belmonte estuvo tremendamente marcada por la relación con su hermano mayor. El propio Juan era un hombre muy familiar. Él mismo llegó a decir que en los últimos años de su vida su profesión era la de «abuelo», faceta que, en cierta forma, también desarrollaba con sus sobrinos. Los hijos de Rafael tenían casi la misma edad que los nietos de Juan. Era costumbre que los domingos este mandara un coche a casa de su hermano para recogerlos y llevarlos a pasar el día a su finca de Gómez Cardeña. Su mujer Julia y sus hijas pasaban largas temporadas en Madrid, así que esos días él disfrutaba de su compañía.

Al llegar al cortijo, el coche paraba siempre en la entrada de la parte noble. Allí los recibía don Juan, con su batín de cachemir azul marino y su hijo, Juanito Belmonte Campoy, con un batín similar de color rojo. Enseguida Juan llamaba al caballerizo y le daba las indicaciones pertinentes: «prepara los caballos para los señoritos», y se iban juntos a montar. Rafael no montaba por problemas respiratorios, así que eran los niños los que disfrutaban del paseo a caballo por la finca junto a su tío y lo acompañaban cuando iba a acosar.

Durante esas jornadas, Trini solía echar una mano al ama de llaves, Valentina, en los pormenores de la casa, y Rafael ejercía de hermano, amigo y médico a la vez. Ambos aprovechaban esos momentos para hablar largo y tendido y compartir confidencias. A veces acudían también algunos invitados a la finca y todos juntos iban al tentadero. Tras el almuerzo, pasaban la tarde disfrutando del campo y, al final del día, el coche los llevaba de vuelta a Sevilla.



El perro Bobby y Juanín. Enero de 1965



Falín a caballo en Gómez Cardeña. Finales de los 50

El fallecimiento de Juan marcó un antes y un después en la vida de Rafael. Supuso una pérdida inmensa. A pesar de su facilidad de palabra y de su gran afición por la escritura, en charlas y entrevistas posteriores a la muerte de Juan, muchos años después, Rafael reconocía que era incapaz de escribir cuatro líneas sobre la vida de su hermano. Tal fue el impacto que le causó este hecho. No decía «cuando Juan murió...», sino «cuando vino su muerte», como si Juan en realidad no hubiera querido (ni hubiera debido) irse de este mundo y fuera una fuerza sobrenatural la que irrumpió en su camino, apareciendo sin más para llevárselo sin lugar a réplica<sup>4</sup>. No cabía, para él, otra explicación al respecto. Y nunca quiso entrar en la polémica por las causas de su muerte más allá que sentenciando que la misericordia de Dios sin duda habría puesto en una balanza todas las obras que su hermano hizo en vida, y que eso le habría bastado para comprender que, ante todo, fue un hombre bueno.

Tras la muerte de Juan, Rafael estrechó más la relación con su sobrina Blanca. Era prácticamente una relación de primos más que de tío y sobrina, por la cercanía en edad. Casada con Rafael Beca Gutiérrez, Blanca Belmonte se estableció en Sevilla. El matrimonio tenía una finca en las afueras, El Hoyo, y sus hijos tenían edades cercanas a las de los hijos de Rafael. Rafalito tenía una relación muy estrecha con Javier Beca, el hijo mediano de Blanca, y solían ir mucho a visitarlos los fines de semana e, incluso, dejaban que los niños pasaran allí algunos días durante las vacaciones de verano.

#### 1.4. Madurez profesional y personal (1971-1995)

A finales de los años 60, la consulta del Dr. Belmonte de la calle Zaragoza acrecienta su función como punto de encuentro social y cultural. Amigos y compañeros de Rafael se dan allí cita para organizar y planificar actividades culturales y las tertulias son frecuentes en un ambiente distendido y cordial. También sus hijos guardan aquí los primeros recuerdos de su etapa adolescente, ya que celebraron en la sala de espera de la consulta sus primeros guateques juveniles, aderezados con las cervezas y las patatas fritas que compraban en el vecino Club Baneito. Un picú y un grupo de amigos hacían el resto para disfrutar de una velada que comenzaba a primera hora de la tarde y terminaba cuando se hacía de noche.

En 1969 la familia cambia de nuevo su residencia y la consulta del Dr. Belmonte a la calle Julio César nº4, donde permanecerá ya hasta su jubilación.

---

4. Juan Belmonte García se quitó la vida en su finca de Gómez Cardeña el 8 de abril de 1962.

Rafael y su hijo acompañados de un amigo y del primo de Rafael, Paco. A sus espaldas el R8 celeste, protagonista de innumerables viajes. Años 70



Comienza un periodo de plenitud profesional y vital para Rafael Belmonte García. Sus hijos comienzan estudios universitarios especializándose, al igual que él, en Medicina; y él se vuelca de lleno en sus principales pasiones: la comunicación, la divulgación de las tradiciones de nuestra tierra y su labor como promotor del arte flamenco. En esta época se suceden las conferencias, las charlas, los pregones, las tertulias en radio, las entrevistas..., y en todos estos acontecimientos va dejando constancia de su gran talento como escritor, poeta y orador.

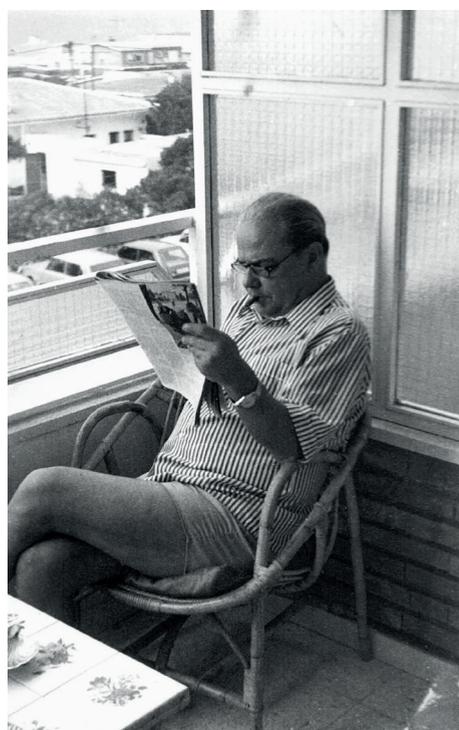
Fueron numerosos los desplazamientos y viajes que realizó, no solo por la provincia de Sevilla y Andalucía, sino por España e, incluso, por el extranjero, para llevar a cabo estos eventos. A pesar de tener vehículo propio y carné, a Rafael no le gustaba mucho conducir. Cuando debía realizar viajes largos, solía llamar a un chófer de su confianza para que lo acompañara; cuando su hijo mayor obtuvo el permiso, empezó a ser frecuente que fuera este quien lo llevara en coche cada vez que lo necesitaba. Rafael (2021) hijo recuerda muy bien aquellos viajes en el R8 celeste recorriendo los pueblos de nuestra tierra con motivo de las conferencias, las tertulias y los numerosos actos a los que acudía junto a su padre.

En 1984, con 69 años, Rafael sufre un infarto y ya no vuelve a ser el mismo. Las fuerzas no le acompañan y cada vez es menos frecuente verle participar activamente de la vida social y cultural de la que siempre disfrutaba.

En 1987, con motivo de los 25 años de la muerte de Juan, concede una entrevista en la cadena SER. Por aquel entonces comenta con tristeza que ya es el único de los hermanos Belmonte que queda con vida. En su voz se aprecian el cansancio y la nostalgia tras haber entregado toda su vida a su



Rafael y Trini en su caseta de la Feria de Sevilla. Años 70. Detrás, un abanico decorado con la letra de unas sevillanas compuestas por él con motivo del certamen de sevillanas de la ciudad, patrocinado por Coca Cola, en el que era jurado



Rafael, en la playa de Punta Umbría. Finales de los 70

familia y a sus proyectos e ilusiones. El 5 de octubre de 1995, tras varios años en los que su salud se fue deteriorando poco a poco, Rafael fallece en su casa a consecuencia de un colapso cardíaco, rodeado de los suyos. Tras su fallecimiento, familiares y allegados lo recuerdan con cariño y admiración, resaltando su generosidad, su vocación de servicio y su pasión por contar las cosas tal y como las sentía. Son numerosos los amigos y compañeros que le dedican palabras en los medios de comunicación, principalmente a través de artículos donde destacan tanto su faceta profesional y artística como su calidad humana.

Es en casos como este, en el que intentamos escribir sobre



Rafael y Trini con su nieta, Bella Belmonte Gómez. Marzo de 1984

el amigo del alma que acaba de dejarnos, cuando comprendemos la inutilidad de las palabras, huecas e insuficientes para expresar el dolor de una muerte que, no por ser esperada, deja de adentrársenos en el corazón hasta desgarrarlo. No me avergüenza decir que he llorado, en la soledad de mi cuarto de trabajo, por la ausencia para siempre de uno de mis más queridos amigos: Rafael Belmonte.

(M. Barrios, 1995, *ABC de Sevilla*)

Se fue el amigo, el gran hombre, el gran flamenco, el pequeño y gran hermano del 'Pasma de Triana' (...) su nombre siempre estará perpetuado en los corazones de aquellos que tuvimos la suerte de conocerle y disfrutar de su bondad y amistad.

(E. Jiménez Díaz, 1995, *Revista Triana*)

Casi medio siglo tratándonos y trabajando tan cerca como si de la familia fuéramos (...) Lo verdaderamente importante de Rafael era su bondad, su esplendor, su generosidad, ese don natural e irremediable de dar, no regalar, que no es igual que dar. Rafael daba sin reflexionar, sin pararse a pensar si le convenía o no hacerlo. Jamás vi que se escondiera a la hora de atender, servir, ayudar al amigo, al conocido o

desconocido. Rafael era así: ni santo ni ángel, era bueno, un hombre bueno, humanamente bueno.

(L. Caballero, 1995, *Revista Triana*)

En el segundo aniversario de su fallecimiento, su cuñado, Manuel Montalvo, director de la revista *Tambor* de Baena, le dedica un artículo en su editorial como familiar y como socio que fue de esta publicación. En ella, además de subrayar principalmente su faceta de poeta, recuerda cómo, en sus últimos días, el propio Rafael le confesó que, ante todo, estaba orgulloso de dos cosas en su vida:

La primera, de ser hermano de Juan Belmonte García, al que respetaba y quería como a un padre; la segunda, de haberse casado con Trinidad Jiménez Jiménez. Esto lo repitió muchas veces. Comprendo que no quería irse al otro mundo sin mencionar públicamente a las dos personas que fueron el norte y guía de su vida.

### 1.5. Recuerdos de...

En este epígrafe, capítulo a capítulo, recopilamos los testimonios de todos aquellos familiares, amigos, compañeros y profesionales entrevistados en la fase de investigación de la presente biografía.

**Rafael Beca Belmonte (2021).** Torero y empresario, sobrino-nieto de Rafael:

Era muy ingenioso, muy rápido en las contestaciones. Siempre de buen humor, con ganas de guasa... Tenía la chispa de los Belmonte, de Triana..., de Juan. Y era cariñosísimo, muy entrante y muy sociable. Era una persona altruista, muy generosa. Siempre había algún motivo para que no le cobrara a alguien. Su mujer, Trini, tenía que estar pendiente porque si no era capaz de no ganar un duro.

Se llevaba muy bien con mi madre que, aunque era su sobrina, tenía casi la misma edad. Y, por supuesto, con mi abuelo Juan tenía una relación muy estrecha, sobre todo cuando ya fallecieron los más mayores, Manolo y Pepe; se unió más a él, como hermano y como médico también.

En el ámbito familiar, recuerdo sobre todo cuando organizábamos comidas familiares y cuando íbamos a los tentaderos, que él venía.

Fue ante todo una persona tremendamente ingeniosa, muy brillante en su afición, que era el flamenco, y un gran aficionado y entendido taurino.

**Javier Beca Belmonte (2021).** Empresario, sobrino-nieto de Rafael:

De los hermanos de mi abuelo, con el que teníamos más contacto era con tío Rafael. Todos le teníamos cariño, mi «apoderada madre» como él la llamaba, mi padre, mis hermanos, escritores y periodistas que querían información de su hermano para sus escritos... Los acogía con amabilidad y les dejaba un recuerdo que no olvidaban. Jesús Cuesta Arana, mi añorado amigo, pintor, poeta y biógrafo de Juan Belmonte, me contaba que Rafael Belmonte era una de las personas más interesantes que había conocido. Polifacético, poeta y escritor, gran entendido en toros y flamenco, participaba tanto en la radio como en el periódico, y sabía dar un toque de humor cuando hacía falta. Era más que el hermano de Juan Belmonte y brillaba por cuenta propia.